

BIBLIOTECA NACIONAL



0480211

11/1075-1)ANZES

3.



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE CHILE

9 (166-36)

Volúmenes de esta obra... -2 p.

Sala en que se encuentra... 12

Tabla en que se halla... 1075

Orden que en ella tiene... 17

Imp. Universitaria

R-1641

Indice.

1. Benavides (Antonio) - La mejor espuela.
2. Hyenne (Roberto) - El bandido chileno  
Joaquín Murieta. AAP3109

9/166-36)  
1001237)  
-1-  
LA

# MEJOR ESPUELA

COMEDIA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

M. ANTONIO BENAVIDES.



---

VALPARAISO:  
IMPRESA DEL MERCURIO  
DE TORNERO Y LETELIER.

—  
1874.



AL SEÑOR

DON IGNACIO NOBOA.

*Un homenaje al maestro y una ofrenda  
al amigo.*

M. ANTONIO BENAVIDES.



# PERSONAJES.

---

ELISA.

ELENA.

JIL.

DON CASIMIRO.

JOHN.

MARTA.

La accion pasa en Valparaiso y en nuestros dias.



# ACTO PRIMERO.

---

Casa de Jil.—Sala modestamente amueblada.—Puerta al fondo que comunica con el exterior.—Idem laterales; la de la izquierda del actor conduce al interior y a las habitaciones de Elisa; la de la derecha al escritorio de Jil.—Mesa con recado de escribir, libros, campanilla, etc., etc.—A la izquierda de la puerta del fondo una ventana que da al jardín.—Mesa pequeña junto a la ventana, con botellas, etc.

## ESCENA PRIMERA.

MARTA.

Venga el demonio y aguante  
esta existencia, que yo  
me arranco, porque no es vida  
estar siempre de planton  
soportando dia y noche  
los gritos, el mal humor.....

*(Imitando la voz.)*

- "El costurero está sucio.....!
- "Los botines de charol.....!
- "Asco me da la escalera.....!
- "Ve los vidrios del salon.....!
- "Puf! qué cubiertos, qué platos.....!
- "Vé que llama el aguador.....!

"¿No escuchas, Marta, no escuchas  
"que la campana sonó?  
"Que me traigan la comida....."

(*En tono natural.*)

Y en este trajin estoi  
sin descansar un momento  
desde que amanece el sol  
hasta que suenan las doce  
de la noche en el reloj  
de los padres. ¿Hai paciencia  
para sufrir tanto? no;  
basta de lesura, basta,  
que no quiero que al panteon  
me lleven de aquí derecho.

—Bien dijo mi confesor:

(*Imitando la voz.*)

"¿A qué fuistes a esa casa  
"sabiendo que era mason  
"el amo? Mira mujer  
"que estás ofendiendo a Dios!"

(*En tono natural.*)

Mui bien me decia el padre.  
—Hace dos años que estoi  
sirviendo aquí como esclava  
y nada me cunde ¡oh!

Ya me debe cinco meses  
y si le digo: Señor,  
deme usted unas chirolas  
a cuenta, responde:

(*Imitando la voz.*)

"Hoi

"es imposible, no puedo;  
"ni una chaucha me dejó  
"ese chinche, repugnante,  
"ese cojo, el cobrador  
"del gas, que es mas rasca-rabias  
"petulante y apuron

"que un cólico miserere,  
"que un paco, que un orador  
"que defiende el presupuesto  
"o a un Ministro de Instruccion  
"cuya casa es invadida  
"y apedreada sin temor  
"por soldados peli-rubios,  
"por infantil batallon.  
"Ten paciencia, espera un poco...  
"no seas mujer atroz."

(*En tono natural.*)

Y en esto pasan los días  
sin ver un centavo yo.  
Solita tengo la culpa,  
lo dijo mi confesor;  
¿para qué vine a esta casa?  
¿Quién a servir me metió  
a un versero, a un herejote,  
a un liberal, a un mason,  
limpio como una patena  
y terso como un tambor,  
habiendo tanto pechoño  
que vive en gracia de Dios?  
—Pobre señora; por ella  
que es tan buena no me voi  
al instante; cuánto sufre  
sin quejarse del rigor  
y del mal trato que siempre  
le da su marido! Yo  
le hubiera roto la crisma  
mas de una vez por quien soi,  
pues un tonto no merece  
que le miren con amor.

(*Se acerca a la ventana.*)

Ya me parece que viene.

(*Jil declamando afuera.*)

JIL. "A los piés de tu balcon..."

MARTA. Ya está en el jardín gritando,  
hasta aquí se oye su voz.

(*Jil continúa.*)

JIL. «*Morena del medio día,*  
«*está el pobre trovador;*  
«*no desoigas su querella,*  
«*no lo mates niña, no.*

MARTA. No lo dije? si es un loco;  
que te aguante... (*Cierra la ventana con fuer-*  
*za y en ese momento la sorprende Elisa,*  
*que sale por la izquierda del actor.*)

## ESCENA II.

MARTA.—ELISA.

ELISA. Marta.

MARTA. (*Sorprendida.*) (Oh!)

ELISA. ¿Qué hacías ahí?

MARTA. Señora,

sacudiendo el polvo estoy.

(*Marta sacude la ventana con su pañuelo.*)

ELISA. Tú me ocultas algo, Marta.

MARTA. Pero señora...

ELISA. (*Viendo al jardín.*) (Razon  
no le falta... pobre Jil!)

(*Jil declamando en el jardín.*)

JIL. «*Escucha arcánjel de amor*  
«*la dulce melancolía*  
«*de mi amorosa canción;*  
«*tierno y fragante capullo*  
«*que unjió con su aliento Dios,*  
«*no le niegues tu ternura*  
«*a tu amante trovador;*  
«*conduete de mis penas*  
«*que cruzando el mundo voi,*

*"errante como la alondra,  
"el mirlo o el ruiseñor.  
(Pausa; se aleja gradualmente la voz de Jil.)*

MARTA. Ya se fué, señora.

ELISA. Marta,  
qué desgraciada que soi!  
(Llorando.)

Ya no puedo mas, no puedo.  
con mi triste situacion.

MARTA. No llore usted.

ELISA. Que no llore  
cuando me mata el dolor  
de ver que Jil me abandona  
de su estravagancia en pos;  
que paso las horas tristes,  
encerrada en el rincon  
de mi cuarto todo el año,  
sola con mi niño yo,  
sin que Jil se ocupe nunca  
del fruto de nuestro amor;  
sin que tenga una caricia  
para mí.—Nunca me amó.  
Ingrato, cuando lo quiero  
con todo mi corazon!

MARTA. Escríbale a la señora  
y si es preciso, veloz,  
iré a Santiago esta tarde  
sin que lo sepa el señor,  
y le diré lo que pasa.

ELISA. Oh Marta, Marta, eso no;  
que herir no quiero tampoco  
de mi madre el corazon.  
Si ella llegase a saber  
lo que yo sufriendo estoi,  
será mayor mi desgracia  
mi sufrimiento mayor.

MARTA. Ignorándolo ella todo...

ELISA. Que sufra, que sufra yo,  
pero ocultémosle a ella  
la causa de mi afliccion.

MARTA. Si no debe uno casarse,  
bien dice mi confesor;  
el que parece un buenazo  
y apénas alza la voz,  
se vuelve en cuanto se casa  
un Judas, un mal ladron.

ELISA. No Marta, Jil es mui bueno.

MARTA. Pues lo disimula.

ELISA. Oh!  
Es que el destino ha querido  
poner a prueba mi amor.  
—Hace un año y nueve meses  
que nos casamos los dos:  
viviendo él de mis caricias  
y de sus caricias yo;  
pasaron asi los días  
primeros de nuestro amor  
y para ser mas felices  
un niño nos mandó Dios.  
Tú que has vivido conmigo  
desde aquel tiempo.....

MARTA. Ya estoi.

ELISA. Has visto lo que ha pasado  
de Jil en el corazon.  
De la noche a la mañana  
su dulce jenio cambió  
volviéndose rudo, terco,  
de insufrible mal humor.  
Por esa loca manía  
de adquirir reputacion  
de literato.....

MARTA. ¿De qué?

ELISA. De poeta y escritor,

abandonó sus negocios  
y hasta de mí se olvidó.

MARTA. Es cierto, señora, es cierto,  
yo tambien sufriendo estoi  
los resultados fatales  
de ese cambio del patron.  
—Aquí pasa todo el dia,  
desde que amanece Dios,  
recitando como un loco  
sus versos en alta voz.  
Si viene alguna persona  
a quien debe estimacion  
me dice: (*Imitando la voz.*) "Dí que he salido;  
"que no me interrumpen hoi;  
"que me hallo acabando un drama  
"que ha de causar sensacion,  
"que tiene hasta quince cuadros,  
"seis actos y—qué sé yo;  
"mui grande, donde aparece  
"al compas de harpa y violon  
"san Roque medio *cufifo*  
"bailando una *cueca* atroz  
"con santa Cecilia misma  
"que la baila de primor."

(*En tono natural.*)

Sus tremendas herejias  
no quiero escucharlas, no;  
pero nada; él siempre sigue  
gritando a más y mejor,  
hasta que salgo corriendo,  
que buena cristiano soi,  
y le digo a la visita  
que no está en casa el patron....

ELISA. Calla, calla, tú eres libre  
y marcharte puedes hoi  
de aquí, si no te acomoda,  
pero no te burles, no.

MARTA. (*Con humildad.*) Señora, yo soi honrada  
y fiel; deme su perdon;  
yo por nada de este mundo  
renunciaré a su favor.  
¿Qué me importa la pobreza  
ni el mal jénio del señor,  
cuando su mercé me trata  
con cariño y distincion?

(*Se oye un recio campanillazo.*)

ELISA. (*Con cariño.*) Alguien llama; vé corriendo.

MARTA. Señora, volando voi. (*Se va.*)

ELISA. (*Gritando a Marta a tiempo de salir.*)

Mira, si es don Casimiro,  
que no está en casa el patron.

(*Marta hace una señal afirmativa con la cabeza  
y desaparece por el foro.*)

### ESCENA III.

ELISA.

(*Pausa.*)

¿Qué me pasa? Huyó esta vez  
de mi vida el grato ensueño  
que con semblante alhagüeño  
me arrullaba en la niñez;  
su imájen oscurecida  
en la flor de mis amores  
irá con crueles dolores  
acabando con mi vida.

(*En actitud relijiosa.*)

Escucha, cielo piadoso,  
mi queja, mi desventura;

vuélveme tú la ternura  
y el cariño de mi esposo.  
(Queda con la cabeza inclinada hácia el pecho  
y entra Marta con un parte telegráfico en la  
mano.)

ESCENA IV.

ELISA.—MARTA.

MARTA. Señora, señora, un parte  
Telegráfico. (Cortada). No sé...

ELISA. Un telégrama.

MARTA. Una carta.  
Está en gringo éste papel,  
y no entiendo ni una jota.

ELISA. Dame, dame.

MARTA. Tome usted. (Le da el parte).

ELISA. (Leyendo bajo). "Santiago"...

MARTA. Qué dice?

ELISA. (Id. mas alto.) "Elisa:  
"hoi de Santiago saldré  
"en el tren de la mañana,  
"porque en el vapor ingles  
"que viene por el estrecho,  
"llega mi esposo.—A la vez  
"quiero aprovechar el tiempo  
"en bañarme.—Alojaré  
"en tu casa, pues ya sabes  
"que no me gusta el hotel.  
"Te abraza tu prima.—ELENA."

MARTA. Su prima!...

ELISA. (Con mucha alegría.) Cuánto placer  
tengo con esta noticia!

(Dando a Marta palmaditas en el hombro.)

Alégrate tú tambien.  
Has de querer a mi prima.

MARTA. Ai! si es como su mercé,  
puedo decir desde ahora  
que la quiero.

ELISA. Elena es  
aficionada a la broma;  
mui bien te ha de parecer;  
ya verás qué buenos ratos...  
—Mira que limpios estén  
los cuartos del pasadizo.

MARTA. (*Disponiéndose a salir.*)  
Alla voi. Descuide usted;  
todo corre de mi cuenta.

ELISA. Ah! su marido tambien  
es el hombre mas jocosó,  
aunque ingles.

MARTA. Qué dice usted?  
Pobre señorita, pobre:  
casarse con un ingles!

ELISA. Si son mui buenos maridos  
los ingleses.

MARTA. Está bien;  
y lo que yo he visto anoche?  
Jesus, Maria y José. (*Se santigua.*)

ELISA. Cierito que anoche al teatro  
fuiste por primera vez  
y te tocó ver en tablas  
el gringo de *Very Well*.  
Aquello fué farsa, tonta.

MARTA. A mí no me engaña usted;  
que sea verdad o farsa,  
yo no los quiero ni ver.  
¡Que se case una chilena  
con un judio, un ingles!...  
yo soi una pobre china,  
así como usted me ve,

mas si quisiera casarse  
conmigo un ingles...

ELISA. A ver,  
qué harías?

MARTA. ¿Qué? que primero  
a un roto preferiré,  
porque al fin es mi paisano  
y tengo a mi patria lei;  
y me gustan los porotos  
mas que el *puding* y el *bistek*.

ELISA. Cállate, Marta.

MARTA. Señora...  
Callo si lo manda usted.

ELISA. Vete a disponer los cuartos  
que es tarde.

(*Saliendo y tomándose la cabeza con ambas  
manos.*)

MARTA. Con un ingles!

## ESCENA V.

ELISA.

(*Riendo.*) Yo no sé cómo la risa  
he podido contener!...

Cuando sepa Elena el cuento  
mucho se reirá tambien.

En fin, si no fueran estos

gratos instantes, no sé

cómo pasára la vida;

no todo llanto ha de ser.

(*Pausa.*)

Le diré a Jil que mi prima

ha de llegar? para qué?

si es indiferente a todo

lo que le digo—¡Crüel!

—Voi a ver al chiquitillo  
y que dispuestas estén  
las piezas, pues se hace tarde  
y aun habrá mucho qué hacer.  
(Sale. La escena queda sola un momento.)

## ESCENA VI.

JIL con un legajo de papeles.

Bravo, bravísimo, bravo!  
Este es el trozo mas bello  
de mi comedia: (*leyendo*). "Lucia  
"al salir de su aposento  
"ve que su esposo don Lucas  
"está la carta leyendo  
"y piano, mui despacito,  
"se le acerca y el secreto  
"sorprende de esta manera,  
"y le dice...

(Repara en el libro que habrá sobre la mesa.)

Ma's, qué es esto?

(*Leyendo*.) "Cortés."—*Parnaso peruano*.

Veamos. Qué gusto tengo!

(*Registra el libro y lee despues de un momento*.)

"Manuel Adolfo Garcia." (1)

Ya conozco a este sujeto.

(*Lee*). "Oda a Bolívar." (*Lee para sí*.)

Pues hombre

al fin encontré algo nuevo.

(*Lee mas alto*.)

"Héroe, semi-dios, jigante,

(1) Poeta peruano. El autor de esta comedia no puede ménos que hacer una pública manifestacion de simpatía hácia los talentos del inspirado cantor de Bolívar.

«Coloso del mundo infante  
«Cuyo glorioso laurel  
«Eterniza ya el pincel  
«En láminas de diamante.

(*Con entusiasmo.*)

«Ídolo de la victoria!  
«Tú, que con fama notoria  
«Tuviste desde la cuna  
«Por esclava la fortuna,  
«Por cortesana la gloria.

«Tu oríjen fué terrenal,  
«Tu fábrica material;  
«Mas tú naciendo a ser hombre  
«Divinizaste tu nombre,  
«Te hiciste ser inmortal.

.....  
«Los Andes, esas montañas  
«Que con su pié las entrañas  
«Del globo rasgando van,  
«Páginas son donde están  
«Bien escritas tus hazañas.

(*Palmoteando.*)

Oh! qué gusto, qué maestría,  
qué sublimes pensamientos!  
Vaya tambien los peruanos  
Suelen tener algo bueno.

(*Breve pausa durante la cual hojea el libro.*)

¿Quién es este otro? (*Lee.*) «La Riva.» (1)  
La Riva, el mismo que un tiempo  
con el nombre de Angulada  
publicó un poema entero;  
pero veamos, qué dice  
ese tan gárrulo ingenio?

(1) Poeta peruano de ingenio orijinal y mui agudo.

(*Lee mas alto.*)

.....  
"Al fenómeno canto mas estraño  
"Que natura abortó desde que hai mundo;  
"Al héroe sin segundo,  
"Aquel héroe tamaño,  
"De quien para encerrar los grandes hechos  
"Los límites del orbe son estrechos.  
"Canto al hombron famoso, cuya vida  
"A la de otro ninguno parecida  
"Tiene tanta aventura rara y bella  
"Que para hacer de ella  
"Un compendio o extracto mui conciso,  
"Tantos siglos viviera era preciso  
"Cuantas estrellas hai en la alta esfera,  
"Incluso Capricornio, el Leon, la Osa  
"Con las siete cabrillas,  
"Y los astros de cola y de barbillas.  
"Era tambien indispensable cosa  
"Que tuviese las plumas y cañones  
"De todas las putillas y gorriones,  
"Lechuzas, gallinazos, papagayos,  
"Alcatraces, cernícalos y gallos,  
"Y de cuanto volátil ha existido,  
"En el aire, en la jaula y en el nido;  
"De toda edad y clase y nombre y pinta;  
"Tanto hembras como machos,  
"Desde que el Dios que habita el firmamento,  
"Pobló con ellos la rejion del viento;  
"Inclusos los que encerró en el arca  
"El célebre Patriarca  
"A quien tanto veneran los borrachos  
"Porque el árbol plantó del aguardiente;  
"Y en fin, que se volviesen de repente,  
"Papel los cielos y los mares tinta."

(*En el colmo del entusiasmo.*)

Eso se llama escribir

con inspiracion, con estro.

(*Despues de un momento.*)

Mas, tambien puedo esclamar  
con el divino Correggio:

Y "anch'io son pittore." (1)

(*Tomando y desdoblando el manuscrito que dejó  
sobre la mesa.*)

Aquí en mi comedia tengo  
asegurada la gloria.

Veamos... (*Lee.*) "Doña Lucía

"al salir de su aposento

"ve que su esposo, don Lucas,

"está la carta leyendo

"y al sorprenderlo infraganti

"se arma la leona, el enredo.

"Él da gritos que es un gusto,

"ella idem como un becerro,

"hasta que al fin, cataplum,

"le dá pataleta (medio

"con que suelen las mujeres

"salir del atolladero.)

"Palos por aquí, zopapos

"por allá, mil juramentos

"por una y por otra parte.

"La vecindad al momento

"se alborota; gritos, llantos;

"viene sofocado el médico,

"pide papel, tinta, pluma...

"Tiene un ataque de nervios,

"esclama con gravedad,

"pero hai de salvarla medio:

"receta alcanfor, sangrías,

"que traigan tártaro emético,

"parche poroso, un emplasto;

(1) Tal fué la exclamacion del Correggio al contemplar un cuadro del gran Rafael.

"y tan recio es el ataque,  
"tan fuerte la pataleta,  
"que entran los pacos corriendo  
"me los amarran a todos  
"y se los llevan *pa entro.*"

(*Recorriendo el proscenio.*)

En esto cae el telon.

Final del acto tercero.

—Ya me parece que aplausos  
me prodiga todo el pueblo,  
que me ofrecen mil coronas  
por un triunfo tan espléndido,  
que ya los diarios ensalzan  
mi maestria y mi talento,  
que me dan la norabuena  
niños, mujeres y viejos;  
que a la otra noche en el Cabo  
orgullosa me paseo,  
que todos cuando me miran  
me señalan con el dedo,  
(*Se oye un recio campanillazo. Jil se encoje  
de hombros.*)

diciendo: ve al dramaturgo  
rival de Lope y Moreto,  
de Moratin, de Breton,  
de Victor Hugo...

(*Entra Elena con vestido de viaje trayendo una  
maleta, etc.*)

## ESCENA VII.

JIL.—ELENA.

ELENA.

Qué es esto?

Qué! no hai jente en esta casa?

Qué! es usted sordo?

- JIL. Señora...
- ELENA. Hace que estoi una hora  
llamando.
- JIL. Pero, qué pasa?
- ELENA. Qué ha de pasar!...
- JIL. (Qué mal ceño!)  
(¿Porqué turba mi reposo?)
- ELENA. (Por lo *lesazo* (1), este mozo  
se conoce que es porteño.)  
(*Se sienta.*)
- JIL. (Y se sienta está divina!  
Qué franqueza!)
- ELENA. Estoi cansada.
- JIL. (Pues ésta por lo confiada  
debe de ser santiaguina.)
- ELENA. Acérquese usted. (*Jil se acerca.*) Más, más.
- JIL. (Ya me carga esta mujer.)
- ELENA. Usted sin duda ha de ser...
- JIL. (*Interrumpiéndola.*) Yo, señora? Satanás,  
ese soi.
- ELENA. Já! já! já! já!  
Qué ocurrencia tan graciosa!
- JIL. (Y se burla; es mucha cosa  
lo que pasándome está.)
- ELENA. ¡Satanás! (Es el mismo ente.)
- JIL. (Me pasma su sangre fría.)
- ELENA. Pues, señor, yo no sabia  
que era el diablo mi pariente.
- JIL. Explíquese usted, señora.
- ELENA. No tenga usted tanta prisa;  
yo soi la prima de Elisa,  
Elena...
- JIL. Ya caigo ahora...  
Espero... perdone usted;  
como no estaba advertido...

(1) Aumentativo de *leso*, voz provincial de Chile.

ELENA. Cómo! ¿qué no han recibido  
el parte que les mandé?

JIL. Qué parte?

ELENA. Ocurriencia rara:  
yo misma fuí a la oficina...

JIL. Bien la causa se adivina,  
está la cosa mui clara;  
no he visto ni uno siquiera  
que a su tiempo haya llegado.

ELENA. No es posible.

JIL. Está probado;  
pregúnteselo a cualquiera,  
que el telégrafo...

ELENA. (No miente;  
y mi marido que es socio!)

JIL. Es magnífico negocio  
en que el público es paciente.

ELENA. En verdad es un infierno  
tanto descuido

JIL. Sí, sí;  
y el público aguanta así!

ELENA. Y ¿qué es lo que hace el gobierno?

JIL. El gobierno! vaya, Elena,  
usted se quiere burlar...  
¿a quién le oyó usted contar  
que haya hecho una cosa buena?

(Pequeña pausa.)

Qué tal viaje?

ELENA. Peregrino;

con un calor que sofoca  
y con el credo en la boca,  
temiendo que en el camino  
me sucediera un fracaso.  
¿Qué fatiga! ¿qué zozobra!

JIL. Elena, razon le sobra.

ELENA. Y con dos horas de atraso!

JIL. ¡Dos horas! no es mucho.

ELENA. No?

JIL. Usted mui feliz ha estado.  
(Con injenuidad.)

En el invierno pasado  
estuve de viaje yo;  
a Quillota un corto brinco  
quise dar; esto era el tres;  
viajé con gran rapidez...

ELENA. ¿Llegó usted a Quillota?...

JIL. ¡El cinco!

Con qué, consuele sus penas.

ELENA. No hai por qué.

JIL. Si es usted lega.

(Declamando.) «Sepa usted que apénas llega  
el tren, cuando llega a penas.» (1)

ELENA. Jesus! qué disparaton!

JIL. No diga usted ese dislate;  
¡cómo será disparate  
si lo dice Calderon!

ELENA. Já! já! já! já! me ha gustado  
la ocurrencia.— Si lo oyeran!

JIL. (Colérico.) Vamos a ver, qué me hicieran?  
¡acaso soi empleado?

ELENA. (No es su desconcierto tanto.)

JIL. Dice Plácido.....

ELENA. (Qué flema!)

JIL. (Declamando.) «Calle el cobarde que tema;  
yo no temo a nadie y canto.» (2)

ELENA. Es usted poeta?

JIL.  Así...

ELENA. Ignoraba...

JIL. Soi modesto;  
y... a propósito de esto

(1) «Y apénas llega cuando llega a penas.»—Jornada primera, escena primera, *La vida es sueño*, de Calderon.

(2) Dice Plácido: «Calle el que tema; yo no temo y canto.»

mire usted lo que escribí.

*(Se dirige a la mesa.)*

*El Cangrejo, un poemita...*

*(No encuentra la llave en la chapa del cajon.)*

Dónde la llave estará?...

*(Busca la llave en todos sus bolsillos, corriendo de un lado a otro.)*

ELENA. (Y mi estómago que está pidiendo...)

JII. Llave maldita!

ELENA. Deje usted, no se moleste.

JIL. Si no es molestia.

ELENA. (Dios santo!)

JIL. Estoy en el nono canto...

*(De improviso.)*

Si la dejé en mi bufete!

*(Sale rápidamente.)*

## ESCENA VIII.

ELENA.

Dislates de la razon;  
como los de Jil, se curan;  
mas en vano se procuran  
sanar los del corazon.  
Tiene lúcidos instantes  
en su singular manía,  
y cuerdo ya en este dia  
se pondrá bueno como ántes.  
Todo está con entereza  
en escitar su pasion  
y hacer que a su corazon  
no subyugue la cabeza.

ESCENA IX.

ELENA.—MARTA.

MARTA. Señorita...

Elisa en la casa está?

MARTA. Sí, señorita; ya viene.

ELENA. Yo soi su prima.

MARTA. (San Juan!  
la mujer del gringo!)

ELENA. Corre,  
que tengo prisa.

MARTA. Ya va.

ELENA. Que venga al momento.

MARTA. Bueno.

ELENA. Que no tarde.

MARTA. Nada más?

ya me voi.

(*Se oye en el interior la voz de Elisa.*)

ELISA. (*En el interior*). ¡Elena!

ELENA. ¡Elisa! (*Sale Elisa.*)

Me esperabas, no es verdad?

(*Se abrazan, etc.*)

ESCENA X.

ELENA.—ELISA.—MARTA.

MARTA. (*Viendo que se abrazan otra vez.*)

Caramba!

ELISÁ. Dame otro abrazo!

ELENA. Y mil! (*Se abrazan nuevamente.*)

MARTA. (Qué cargosidad!)

ELISA. Estás cansada?

ELENA. Sí, prima.

ELISA. No habrás podido almorzar?

ELENA. Algo, mui poco...

ELISA. En tu cara  
conozco que la verdad  
no me dices. Mira, Marta...

ELENA. (Gracias a Dios!)

ELISA. (*A Marta.*) Ven acá. (*Habla bajo con ella.*)  
No te tardes. (*Alto.*)

MARTA. No, señora. (*Se va.*)

ELISA. No nos hagas esperar.

## ESCENA XI.

ELENA.—ELISA.

ELISA. Supongo que habrás pasado  
un mal rato.

ELENA. Nada.

ELISA. Elena,  
es que como eres tan buena  
pronto lo habrás olvidado.

ELENA. Qué mal rato habré tenido  
estando en tu casa, Elisa?

ELISA. Como ví salir de prisa  
de este cuarto a mi marido,  
haciendo mil movimientos,  
y conozco su manía...

ELENA. Pues no tal, Elisa mia;  
pasé mui gratos momentos.  
(*Qué otra cosa he de decir?*)

ELISA. No lo creo. (*Llorando.*)

ELENA. Cómo! lloras?

ELISA. Prima mia, tú no ignoras  
la fuerza de mi sufrir;  
a tí sola he revelado  
mis pesares, mi dolor...

Si Jil me niega su amor  
deja que llore a tu lado.

ELENA. No te aflijas; vamos, lesa...

Pues no faltaba otra cosa.

ELISA. Como tú eres tan dichosa  
mi dolor no te interesa.

ELENA. No lo digas otra vez.

ELISA. Perdóname, fué un descuido.

ELENA. Acuérdate que hemos sido  
amigas de la niñez.

Que mi cariño es sincero  
ya sabes; eres ingrata!

ELISA. Nunca, Elena; es que me mata...

ELENA. (*Con cariño.*) Cállate, Elisa, no quiero  
verte así tan abatida.

ELISA. Qué debo esperar, Elena?

ELENA. Tiene Jil una alma buena  
y ya cambiará de vida.

Al fin se convencerá  
que ha sido inútil su empeño;  
deja que vuelva del sueño  
y arrepentido vendrá  
lleno de amor a tus brazos,  
diciéndote: Elisa mia,  
perdóname, no sabia  
que estaba haciendo pedazos  
tu corazón.—Y de hinojos,  
junto a la cuna de su hijo,  
lo verás velar, de fijo,  
con lágrimas en los ojos.

ELISA. Esa ilusion me recrea.

ELENA. Y comedias, y sonetos,  
letrillas, silvas, tercetos  
irán... a la chimenea.

Hoi Jil cede a los engaños  
de una inspiracion ardiente,  
deja que queme su frente,

que palpe los desengaños,  
y entónces con su pesar  
lo verás venir un día  
a buscar la poesía  
bajo el techo del hogar;  
que ningun hombre, uno solo  
que es padre amante y prolijo  
cambia un cariño de su hijo  
por los laureles de Apolo!  
Ah! no llores...

ELISA. Tu alma era  
de un anjel, Elena mia.

ELENA. (*Con malicia.*)  
No digas esa herejía;  
si algun pechoño te oyera!...  
Alégrate; ten confianza.

ELISA. Me siento mucho mejor.

ELENA. (*Marcando las palabras.*)  
Tu marido no es el peor;  
hai de salvarlo esperanza.  
Hai otros que se dedican  
no al verso... sino a la prosa;  
otros que al tomar esposa  
con el tálamo trafican;  
que bajo el brillo aparente  
de un lujo mal adquirido  
llevan flamante el vestido,  
llena de infamia la frente.  
Otros hai, si bien te fijas,  
que van un coche arrastrando  
y sin vergüenza pasando  
sobre el honor de sus hijas;  
que no tienen mas destino,  
mas hacienda, mas entrada,  
que su conciencia gastada,  
que los naipes y el casino;  
que con lenguaje estudiado

y con hipócrita lengua  
arrojan baldon y mengua  
sobre el hombre que es honrado;

(*Con exaltacion.*)

que abandonan el hermano  
a la pública irrisión,  
y en quienes el corazón  
es de cemento romano;  
y que al desprecio provocan,  
que desprecio solo inspiran,  
que emponzoñan cuanto miran  
y que infaman cuanto tocan...

(*Transición. Entra Marta limpiando una levita.*)

## ESCENA XII.

ELENA.—ELISA.—MARTA.

MARTA. La cazuela está servida.

ELENA. (Gracias a Dios.)

ELISA. (*Con enojo a Marta aludiendo a la levita.*)

Qué lesera

con la levita te vienes  
sin reparar... (*A Elena.*) A la mesa,  
que estamos perdiendo el tiempo.

MARTA. (Sin reparar! Estoi fresca.)

ELISA. Vamos, pues...

ELENA. Vamos. (*Al pasar junto a  
Marta repara en la levita.*) Qué es eso?

MARTA. Esto?

ELENA. Sí.

MARTA. Esto... es una leva  
que estoi limpiendo.

(*Elena queda como meditando algo.*)

ELISA. Qué tienes?

ELENA. Que se me ocurre una idea.

- MARTA. (Si será loca también?)
- ELENA. (*Consigno misma.*) Qué buen plan!
- ELISA. Vamos Elena.
- MARTA. (Habla sola... si hará versos!)
- ELISA. Elena.
- ELENA. Un instante; espera.
- MARTA. (La locura es contagiosa.)
- ELENA. (*Con interes.*) Tú no has visto la zarzuela  
El Juramento?
- ELISA. Sí, sí.  
Qué hai con eso?
- ELENA. Oyeme atenta.  
(*Pequeña pausa.*) Tú recordarás, Elisa,  
que un marqués figura en ella.
- ELISA. Un marqués?
- ELENA. Sabes su nombre?
- ELISA. (*Haciendo memoria.*)  
El marqués de San Estéban.
- ELENA. Cabal.
- ELISA. Que debe morir  
porque en su cólera fiera  
mató a su rival...
- ELENA. Así es.  
Pues bien, Elisa; recuerda  
que cuando va al campamento  
a cumplir con su promesa,  
al conde don Sebastian  
es el primero que encuentra,  
y éste último sus amores  
y sus desgracias le cuenta.
- ELISA. Todo lo recuerdo.
- ELENA. Todo?  
Me alegre.
- ELISA. Vamos, abrevia,  
que el almuerzo...
- ELENA. No te aburras;  
ten un poco de paciencia.

Amas a Jil?

ELISA. Con el alma.

Pero qué es lo que tú intentas?

ELENA. Que yo soi desde este instante  
el marques de San Estéban;  
y si quieres ser dichosa,  
que Jil a tu lado vuelva  
como en otro tiempo amante,  
y que dé al diablo las letras,  
y que no piense en su vida  
en escribir mas comedias,  
te exijo que un juramento  
me hagas de santa obediencia.

ELISA. No te entiendo.

ELENA. Poco importa;  
todo corre de mi cuenta;  
y así como consiguió  
el marqués de San Estéban  
que su amigo Sebastian  
fuese feliz en la tierra,  
yo para hacerte feliz  
tengo tambien una idea,  
si es que me dejas obrar  
como a mí mas me convenga.

ELISA. Pero explícate.

ELENA. No hai pero  
que valga.—Aceptas?

ELISA. Elena,  
yo no sé qué hacer...

ELENA. Pues sabe  
que en ello nada se arriesga.

ELISA. Pero dime...

ELENA. Es mi secreto.

Déjame obrar. (*A Marta.*) Trae la leva.

MARTA. (*Dándole la leva.*)

No dije yo que era loca.

ELENA. (*Suplicando.*) Con que juras obediencia,

o temes que yo te engañe?

ELISA. Haz lo que gustes, Elena;  
eres mi amiga, mi hermana...

ELENA. Déjate ahora de finezas.  
Me jurás?...

ELISA. Yo te prometo...

ELENA. No digas más; pues empieza  
por darme un traje completo  
de tu Jil.

MARTA. (Ai! Santa Tecla!)

ELISA. En traje!

ELENA. Qué, no me entiendes?  
No me esplico bien?

ELISA. (*Sonriendo.*) Elena...

ELENA. Un pantalon, un chaleco,  
un traje, pero sin leva,  
que ya no la necesito  
teniendo ésta que está buena.

ELISA. Vamos al cuarto de Jil  
y escojerás tú.

ELENA. Cualquiera:  
lo que yo quiero es un traje.  
Tú vas a ver que mi idea  
te devuelve la alegría.

ELISA. Que Dios te ayude.

ELENA. No temas.

MARTA. (Si es loca, loca de atar.)

ELENA. (*Con ademan cómico.*)  
Yo, marqués de San Estéban,  
suplico a usted, señorita,  
que me conduzca a... la mesa.

MARTA. (Santa Rita!)

ELISA. Vamos, vamos!

ELENA. No te olvides.—Obediencia.

(*Elena y Elisa se disponen a salir.*)

ELISA. Oye, Marta, no te alejes  
un momento.

ELENA. No te muevas  
de aquí.

MARTA. Bueno está, señora.

ELISA. Pronto estaremos de vuelta.

ELENA. Ah! sobre todo, silencio.  
(*Mostrándole la levita.*)

MARTA. Seré sorda, muda y ciega.  
(*Marta las acompaña hasta el umbral.*)

### ESCENA XIII.

MARTA.

Vayan con Dios y que el cielo  
las favorezca.—¡Qué par!  
(*Juntando las manos.*) Ai! Marta,  
¿quién te metió  
en este berenjenal?

(*Arrodillándose.*)

Santa Bárbara, san Roque,  
san Anacleto, san Juan,  
san Pedro, san Honorato  
y san Antonio el abad,  
Sacadme de este tormento,  
libradme de todo mal.

(*Levantándose.*)

Como yo pueda algun dia  
verme libre de este afan...

(*Jil entra corriendo. Trae una llave pequeña  
en la mano.*)

JIL. (*Con entusiasmo.*) Ya estoi de vuelta

MARTA. (Dios mio,  
ya viene este Satanás.)

ESCENA XIV

MARTA.—JIL.

- JIL. (*Tomando a Marta por Elena.*)  
Señora, encontré la llave.  
Présteme usted atención. (*Se dirige a la mesa,  
abre el cajon y saca unos papeles.*)  
Siéntese usted.
- MARTA. (Dios me asista.)
- JIL. (*Leyendo.*) *El Cangrejo...*
- MARTA. Por favor;  
repare usted...
- JIL. Sin reparo;  
señora, a la *sans façon*.
- MARTA. (Tanto señora, señora...)
- JIL. (*Lee.*) “Canto primero.”
- MARTA. Si yo  
la Marta soi, la sirviente.
- JIL. Tú, Marta!
- MARTA. La misma soi.
- JIL. No veo... (*Toma a Marta de la mano y la  
lleva a la luz.*) Vete!...
- MARTA. (Me alegro.)
- JIL. (*Deteniéndola.*) No te vayas, Marta, no.  
Te lo mando.
- MARTA. (Buen antojo.)
- JIL. Siéntate a mi lado.
- MARTA. Yo?
- JIL. Sí, Marta; quiero que aplaudas  
mi vena, mi inspiracion.
- MARTA. (Voi a gritar; tengo miedo.)
- JIL. Qué esperas?
- MARTA. Pero señor...
- JIL. Siéntate. (*Acercándole una silla.*)

MARTA. Yo no me siento.  
(Que se siente el diablo.)

JIL. Oh!

este trozo es peregrino.

MARTA. (Todita temblando estoi.)

JIL. (*Leyendo.*) "Satanás, que iba cargando  
"sobre su espalda al Señor,  
"quiso que Jesus alli  
"le rendiese adoracion...  
"El Cangrejo confundido  
"por primera vez habló,  
"y a los piés de Jesucristo  
"rodó el diablo con furor..."

(*Se queda un corto momento leyendo para sí.*)  
Aquí hai un diálogo, mira.

MARTA. Cómo?

JIL. Te soplaré yo  
y tú conmigo repites.

MARTA. Qué! soi brasero, señor?  
Yo no entiendo.— Que soi lesa?  
(*Gritando*) Socorro...

JIL. Marta.

MARTA. Que Dios

no me abandone; ¡socorro!

Quién a servir me metió

a este turco, a este judío

que no tiene relijion?

Socorro! (*Gritando mas fuerte.*)

JIL. (*Corre tras de Marta amenazándola.*)

Calla, demonio,

que ya me aturde tu voz!

(*Marta, asustada, corre por la escena en todas direcciones hasta que al fin puede tomar el umbral.*)

MARTA. Ah! me salvé.— Ahora no paro  
hasta hallar mi confesor.

(*Se va. Pausa.*)

ESCENA ÚLTIMA.

JIL.

Quiere decir que la prima...  
Al fin mujer, me burló;  
pero la hallaré sin duda  
con Elisa; allá me voi.  
*(Sale corriendo por la puerta por donde salió  
Marta, y cae el telon.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

# ACTO SEGUNDO.

LA MISMA DECORACION.

---

## ESCENA PRIMERA.

JIL.

*(Saliendo por la derecha con un legajo de papel.)*

Gracias a Dios! al fin veo  
terminado el acto quinto.

*(Se sienta.—Despues lee para sí un breve instante.)*

Qué fuego, qué inspiracion,  
qué ternura, qué esquisito  
lenguaje! Vamos, es cierto  
mi triunfo! Cielo propicio,  
tú iluminaste mi mente  
con ese rayo divino...

*(Tocándose la frente.)*

Siento aquí, siento que bulle  
un mundo desconocido  
de ideas en mi cerebro:  
otro mundo en que yo vivo,  
puro, sereno, brillante,  
sin límites, infinito,  
do mi pensamiento vaga  
entre rosas, entre lirios,

entre cascadas, espumas,  
ondinas, hadas, hechizos,  
glorias, amores, placeres,  
tórtolas, canarios, mirlos,  
codornices, ruiseñores,  
palomas y jilguerillos.

Allí todo es poesía;  
la fuente, el remanso río,  
el murmullo de los lagos,  
de las olas el quejido,  
el resplandor de la luna,  
de las estrellas el brillo,  
de los árboles el fruto,  
de la brisa los suspiros...

*(Elisa sale por la izquierda y se va acercando a Jil sin ser vista por éste.)*

de la palmera la sombra,  
de los perros el ladrido,  
de los gallos la arrogancia,  
de los potros el relincho,  
de las abejas la industria,  
de la polla el *pio, pio*,  
de los cisnes la blancura,  
de los toros el mujido,  
de los cerros los nevados  
y de las aves el trino...

*(Elisa se acerca a Jil y llena de ternura pone una mano sobre su hombro.—Jil la ve con la mayor indiferencia.)*

## ESCENA II.

JIL.—ELISA.

ELISA. Mira, Jil...

JIL. Qué es lo que dices?

Qué buscas aquí?

ELISA. Quisiera...

JIL. Señora, salid; afuera...

ELISA. Por Dios, no me martirices.

JIL. Nada escucho.

ELISA. Por favor...

JIL. Señora, ¿no me ha entendido?

ELISA. Óyeme, Jil, te lo pido  
en nombre de nuestro amor;  
sé un momento racional...

JIL. Qué! soi acaso un borrico!

ELISA. Mira que se muere el chico!

JIL. ¡Con que soi un animal!

—Déjame solo.

ELISA. Tirano!

JIL. No se marcha usted al fin?

pues se lo diré en latin

si no entiende castellano:

*fúgite...*

ELISA. Jil!

JIL. Maldicion!

ELISA. No te enojés.

JIL. Dices bien;

tratar debo con desden  
a la que en toda ocasion...

ELISA. (Nada le conmueve, nada!)

JIL. No sé cómo me contengo...

ELISA. Vengo a suplicarte, vengo...

JIL. (Saldrá con otra enflautada.)

ELISA. Perdona si dije mal;  
ya sabes cuánto te quiero.

JIL. (Colérico.) Nada escucho.

ELISA. Oye primero...

JIL. ¡Decir que soi animal!

*Quare causa?*

ELISA. Me confundo,  
voi a perder el sentido.

JIL. (Con calor.)

Será porque yo no he sido  
un hipócrita en el mundo;  
porque yo ninguna vez,  
lleno de místico celo,  
levanté mi voz al cielo  
con insolente doblez?

Porque no voi a porfía  
de la noche a la mañana  
endiosando la sotana  
con necia gazmoñería?

Porque no soi de esa jente  
de aquella escuela mezquina,  
que predica una doctrina  
que ni comprende ni siente?

Porque yo nunca negocio  
con la inocencia del niño,  
con la fé, con el cariño,  
con la ignorancia o el ocio?

Porque no voi con bajeza  
a las puertas del señor  
a pasar por el dolor  
de que insulte mi pobreza?

Porque no vendo por oro  
a la ávida sociedad  
mi razon, mi dignidad,  
mi conciencia y mi decoro?

Porque no sigo el ejemplo  
de ese mundo pervertido?  
porque jamas he querido  
convertir en feria el templo?

Porque no propago el mal  
amor y virtud mintiendo?...  
Por eso soi, ya comprendo,

para usted un animal.

ELISA. Yo no te he dicho tal cosa;  
eres injusto conmigo.

JIL. No lo has dicho?

ELISA. N6, te digo.

JIL. Y esta se llama virtuosa!

ELISA. Si me dejaras hablar...

JIL. Esto es de volverse loco.

ELISA. (*Llorando.*) Como a tí te importa poco  
que yo tenga algun pesar....

JIL. A qué viene esa afliccion!

Vamos a ver ¿por qué lloras?

ELISA. Cómo, Jil, ¿acaso ignoras  
nuestra triste situacion?

JIL. (*Con indiferencia.*) Eso te aflije?

ELISA. Me aflijo,

n6 por mí; nada ambiciono:  
es que lloro el abandono  
en que tienes a tu hijo.

(*Con mucho cariño.*)

Tú sabes que la pobreza  
casi con gusto he llevado,  
y que jamas te ha negado  
mi corazon su terneza;  
que he tenido que vender  
mis alhajas una a una,  
para comprar una... cuna,  
para... vestir y comer.  
No he tenido mas anhelo  
que vivir de tus amores,  
como en el prado las flores  
viven al calor del cielo;  
que jóven he abandonado  
el mundo, sus diversiones,  
mi familia, los salones,  
por estar siempre a tu lado;  
que siempre...

JIL. (*Distraido con sus papeles.*)

(*Pues en conciencia!...*)

ELISA. Yo que nada supe hacer  
he tenido que coser

para vivir con decencia!

JIL. (No sé lo que está diciendo.)

ELISA. Sé tú mismo, Jil, el juez...

Aun ha llegado la vez  
que yo con mi hijo muriendo  
para librarnos del frío  
no hemos tenido una manta...

JIL. (Así desgracias decanta!...)

Pero hasta cuándo ¡Dios mío!

ELISA. Que resignada moría  
y que nunca me quejaba;  
que el día que más lloraba,  
más mi llanto te escondía.  
Por tí bienes, juventud,  
gustosa he sacrificado,  
y tú solo me has pagado  
con desden e ingratitud;  
y cuando tierna, amorosa,  
tus cuidados reclamé,  
en tus labios solo hallé  
la sonrisa desdeñosa.

JIL. Me parece que te engañas;  
por qué te quejas así?

ELISA. Porque se muere ¡ai de mí!  
el hijo de mis entrañas;  
porque sin fuerzas me siento,  
porque se estingue mi vida  
y se llenó la medida  
de mi eterno sufrimiento.

JIL. Tú exajeras...

ELISA. Corre y velo...

(*Le señala la puerta de la izquierda.*)

(No se mueve.) (*Viendo que Jil permanece in-*  
*diferente.*)

JIL. (*Dirigiéndose a la puerta.*) Voi allá.

ELISA. (Qué gusto!)

JIL. (*Vuelve al lado de Elisa.*) Mejor será...

Tengo que hacer.

ELISA. (Santo cielo!)

JIL. Estoy de prisa, al instante...

(*Saliendo.*) Cuida al niño, te lo ruego.

ELISA. (Qué corazón!)

JIL. Hasta luego.

ELISA. (Él, que era ayer tan amante!)

JIL. (*Volviendo.*) Mira, Elisa...

ELISA. (*Con alegría.*) Ya no vas?

JIL. Ve que llamen a un doctor,  
al que te guste, al mejor,  
y abur, abur...

ELISA. Tardarás?

(*Se oye el ruido de un carro que se acerca.*)

JIL. Adios, se acerca el carrito;  
no he de tardar en venir;  
solo voi a correjir  
unas pruebas.—Un ratito.

(*Sale.*)

### ESCENA III.

ELISA.

Cuando mas de sus cuidados  
y de su amor necesito,  
con no poca indiferencia  
corresponde a mi cariño,  
sin que jamas a mis penas  
dé un consuelo, un lenitivo.  
Ayer cuando yo tenia  
la dicha de ver a mi hijo,  
lleno de salud, contento,  
dormir en los brazos mios,  
en medio de la miseria  
y el desden de mi marido,

era feliz, y mil veces  
bendecia mi destino.  
El solo recompensaba,  
con sus inocentes mimos,  
de su padre los rigores,  
mi soledad, mi martirio.  
Ah! la mujer que no es madre  
no te comprende, Dios mio;  
solo conoce del mundo  
ese falaz artificio  
del lujo, de la grandeza,  
del oropel y del brillo,  
porque lleva el alma envuelta  
en los ruedos del vestido.

ESCENA IV.

ELISA.—MARTA.

MARTA. Señora...

ELISA. Marta.

MARTA. Señora,  
allí está don Casimiro,  
y dice que a su mercé  
quiere verla.

ELISA. ¿No te he dicho  
que yo no recibo a nadie  
cuando no está mi marido?  
Dí que vuelva.

MARTA. Se lo dije:  
mas me regañó y me dijo:  
(*Imitando la voz.*)

"Anda y dile a tu señora  
"que yo no nací su chino;  
"que a cobrar vengo el arriendo,  
"y que con ésta he venido

«ya tres veces; que no salgo  
«de aquí, si yo no consigo  
«hablar con ella y decirle  
«*inter nos* cuántas son cinco...

ELISA. Calla por Dios, calla Marta.

MARTA. Allí está en el pasadizo...

ELISA. (Tiene razon, es mui justo  
que se queje.)

MARTA. Qué le digo?

ELISÁ. Que venga.

MARTA. Pues voi corriendo.

(*Sale Marta.*)

ELISA. No sé si obraré con tino.

(*Breve pausa.*)

## ESCENA V.

ELISA.—DON CASIMIRO.

CASIMIRO. Señora, a los piés de usted.

ELISA. Cómo va, don Casimiro?

CASIMIRO. Bien de salud.

ELISA. Tome asiento.

(*Se sientan.*)

CASIMIRO. Muchas gracias. Su marido  
no está en casa?

ELISA. Hace un instante  
que salió; segun me dijo,  
no debe tardar.

CASIMIRO. Me alegro,

porque hablarle necesito...

(¡ojalá que lo empuñara  
un cañon de a veinticinco!)

Supongo que usted sabrá  
de mi visita el motivo?

ELISA. Sí, señor... quiero decir,

no lo sé, mas lo adivino.

CASIMIRO. Pues es el caso, señora,  
que de la casa ha vencido  
el semestre hace dos meses,  
y hasta la fecha me miro  
insoluto...

ELISA. Cuánto siento  
que sufra usted tal perjuicio!

CASIMIRO. Y mui grande, pues ya sabe  
que yo solamente vivo  
de lo poco que producen  
esta casa y mi destino  
(nada importa que le mienta  
como logre mi designio)  
y que con todo no llego  
a cubrir mis compromisos.  
(Nunca la ví mas donosa)  
y que paso mil conflictos;  
están los tiempos tan malos...

ELISA. Ai! señor, cuánto me aflijo!...

CASIMIRO. (Qué ojos, qué manos, qué boca!)

ELISA. De no haber hasta hoy podido  
pagar el arrendamiento.

CASIMIRO. (Yo no sé por qué tiritó  
cuando me mira de frente)

ELISA. Sí, señor... (Sollozando.)

CASIMIRO. Qué es lo que miro!  
Llora usted? vamos, sin duda  
una pesadez he dicho.  
Si necesita un esclavo  
puede usted contar conmigo;  
su llanto... Dios bien lo sabe  
que ofenderla no he querido...

ELISA. (Cómo dicen que es perverso,  
que es usurero y judío?)

CASIMIRO. No se aflija usted, señora...

ELISA. Llorando tengo un alivio.

CASIMIRO. Tenga usted en mí confianza...

Tráteme como a un amigo.

ELISA. (Si nos concediese un plazo...)

Mucho su bondad estimo.

CASIMIRO. (De declararle mi amor

creo el momento preciso.)

Oh! no llore usted, Elisa,  
porque yo sufro infinito  
al ver ese rostro de ánjel  
de luto y pena vestido.

ELISA. Su bondad...

CASIMIRO. Usted es jóven...

(Si atrapo este zorzalito...)

ELISA. Muchas gracias.

CASIMIRO. Sí, mi vida,

y pongo a Dios por testigo,  
que no existe en todo Chile  
otro talle mas bonito,  
otros ojos mas rasgados,  
mas tiernos, mas espresivos,  
otras manos mas perfectas,  
mas pequeños piesecitos,  
otros labios mas rosados,  
ni mas ondulantes rizos;  
ni aquel aire, ni esa gracia  
que mata al que la haya visto.  
Es usted, niña, el tesoro  
que cual ninguno codicio.

ELISA. (*Sin comprender la intencion de don Casimiro.*)

Vaya que es usted bromista,  
y tiene el jenio mui vivo.

CASIMIRO. Qué broma! Usted no comprende

que todo lo que le digo  
nace de aqui, de este fuego  
que me abrasa los sentidos?

(*Llevándose las manos al corazon.*)

ELISA. Ah! (*Comprendiendo.*)

CASIMIRO. (*Se arrodivilla.*) Léjos de usted la vida  
no me ofrece un atractivo,  
y me siento venturoso  
cuando a su lado respiro.

(*Toma una mano de Elisa y ésta no puede desasirse.*)

ELISA. Alce usted; basta, señor;  
yo no le he dado motivo  
para tanto atrevimiento.

CASIMIRO. Deje usted. (*Intenta besarle la mano.*)

ELISA. Don Casimiro! (*Con angustia.*)

CASIMIRO. Óigame usted un instante. (*Se levanta.*)

ELISA. Ni una palabra.

CASIMIRO. Ángel mio!...

ELISA. Suélteme usted.

CASIMIRO. (*Erré el golpe.*)

ELISA. Suélteme usted ahora mismo.

(*Elisa, en el colmo de la indignacion, logra verse libre por un brusco movimiento.*)

Despues de lo que ha pasado,  
convendrá usted, le es preciso  
alejarse de mi vista...

Oye usted?

CASIMIRO. (*Me haré el chiquito.*)  
(*Suplicando con humildad.*)

Perdone usted las flaquezas  
del barro débil, mezquino;  
pero mi amor es tan puro...

ELISA. (*Con dignidad.*)

Caber no puede amor digno  
en el hombre que cobarde  
viene al hogar del amigo,  
y cual la astuta culebra  
busca el momento propicio  
para verter su ponzoña  
y sembrar el esterminio,

CASIMIRO. (Qué tal la mosquita muerta!)

Pero, señora...

ELISA. Repito,  
que su insultante palabra,  
que sus proyectos inícuos,  
han abierto entre los dos  
el mas insondable abismo.

CASIMIRO. (Me luzco si se le antoja  
aparecerse al marido.)

ELISA. Escúseme usted el trabajo  
de que le enseñe el camino...

CASIMIRO. Yo quiero partir, señora,  
con el ánimo tranquilo;  
alcanzar quiero de hinojos  
su perdon, si la he ofendido;  
no me niegue este consuelo.

ELISA. Calle usted, que yo no admito  
esas frases estudiadas  
con que necio ha pretendido,  
cubrir mal las apariencias  
mayor haciendo el delito,  
cuando la virtud austera  
sale triunfante del vicio.

CASIMIRO. Señora...

ELISA Ni una palabra.

Salga usted.

CASIMIRO. Por Jesucristo.

ELISA. Salga usted, yo se lo mando.

CASIMIRO. (Me clavé.)

ELISA. (*Señalándole la puerta.*) Salga, le digo.

CASIMIRO. Óigame usted un segundo  
y al instante me retiro.

(*Bajando la voz.*) Solo por venir a verla  
de este medio me he valido...

ELISA. (Ya no puedo mas, me ahogo;  
si llegase Jil, Dios mio!)

CASIMIRO. (Parece que ya me escucha.)

Señora, yo soi mui rico...

ELISA. Oh! cuánto insulto!

CASIMIRO.

Elisita...

ELISA. Silencio! Ya se lo he dicho.

*(Elisa sale por la izquierda señalando con energia  
la puerta del fondo a don Casimiro.)*

## ESCENA VI.

DON CASIMIRO.

*(Bajando a la escena.)*

Se fué!—Con mil de a caballo.

No has meditado con juicio;

necia: si pensaras bien

no me hubieras despedido.

Como si fuera tan lesa

para creer sus pucheritos;

soi viejo, sé de memoria

que todas en un principio

no tienen otra salida

que la virtud, el marido

y cincuenta paparruchas

que oigo desde que era niño;

para qué? para salir

despues de tanto embolismo

con algun domingo siete.

*(Se pone el sombrero y se dispone a salir.)*

Pongámonos en camino,

no sea que se le antoje

venir al señor marido,

y me forme aquí una leona

o me destape el bautismo.

*(Reparando en los muebles.)*

El arriendo está seguro

segun los muebles que miro,  
y ya volveré otro día,  
en que esté todo tranquilo.

ESCENA VII.

DON CASIMIRO.—JIL.

- JIL. (*Al ver a don Casimiro.*) (Diablos!)
- CASIMIRO. (*Idem por Jil.*) (Caí en el garlito.)
- JIL. (Voi a pasar un mal rato.)
- CASIMIRO. (Reniego del mentecato.)
- JIL. Don Casimiro.
- CASIMIRO. Jilito. (*Se abrazan.*)
- JIL. (Me pilló.)
- CASIMIRO. (No estoi seguro.)
- JIL. ¿Desde cuándo por aquí?
- CASIMIRO. Vine a verte.
- JIL. ¿A verme a mí?
- Cuánto me alegro!
- CASIMIRO. (Qué apuro!)
- (*Jil ofrece una silla a don Casimiro.*)
- JIL. Siéntese usted; con franqueza.
- CASIMIRO. Mil gracias!
- JIL. (¿Y qué le digo?)
- (*Despues de un momento de silencio.*)
- Mucho le agradezco, amigo,  
esta marcada fineza.
- (*Con entusiasmo.*)
- Está usted jóven... hermoso.
- Vamos, si no pasa dia  
por usted.
- CASIMIRO. (Necia porfia.)
- JIL. Tan fortachon...
- CASIMIRO. (Qué cargoso!)
- JIL. La buena vida, los goces,

los cuidados y la plata...

(Qué no le diera en la guata  
un macho cincuenta coces!)

CASIMIRO. Basta, Jil, basta de bromas.

JIL. Qué bromas ni qué asno muerto!  
lo que le digo es tan cierto...

CASIMIRO. Por algun tonto me tomas?  
Escusa lisonjas vanas  
que no pegan a mi edad.

JIL. Si yo digo la verdad.

CASIMIRO. Qué! no estás viendo mis canas?

JIL. Conozco mas de una chica  
que con las canas y todo  
lo ven asi... con un modo...  
una sobre todas, rica...  
que apenas frisa en los quince...  
que vive allá... mas allá...

CASIMIRO. Hombre! me convenzo ya  
de que eres un diablo, un lince.

JIL. (Pobre viejo, ya chochea.)

CASIMIRO. Quién te contó? (Me confundo.)

JIL. Todo se sabe en el mundo.  
(Pues es peregrina idea  
un Tenorio de sesenta!)

CASIMIRO. Te gusta?

JIL. Por vida mia;  
yo por ser usted daria...

CASIMIRO. Con que la conoces? Cuenta;  
me quiere?

JIL. Creo que lo ama...  
(Ni la conozco de vista.)

CASIMIRO. Esta es, Jil, una conquista  
que me dará mucha fama!  
Habla, pues, por caridad  
ya que eres tan franco y bueno.

JIL. (Sí, Valparaiso está lleno  
de Tenorios de esta edad.)

(*Jil queda abstraído.*)

(*Don Casimiro se sorprende al ver la actitud de Jil.*)

CASIMIRO. (Parece que no le agrada;  
entonces la hicimos buena.)

JIL. (Pobre sociedad: da pena  
verte así tan humillada.)

CASIMIRO. (*Tocándole el hombro.*)  
Qué tienes?

JIL. Nada, señor;  
no está buena mi salud.

CASIMIRO. (*Con calor.*)

Raquítica juventud,  
que te marchitas en flor!  
Cuando tu edad yo tenía  
era tal mi robustez...

(*Llevándose las manos a la cara, al pecho, etc.*)

calcula por mi vejez  
lo fuerte que yo sería.  
Jamás me ha dolido un dedo,  
nunca me ha dado un resfrio;  
tampoco al calor o al frio  
en la vida tuve miedo;  
jamás me dieron dolores  
a las piernas o al costado;  
eso sí, nunca han entrado  
en mi casa los doctores!

JIL. (Lo que siento es no tener  
con qué pagarle en el día.)

CASIMIRO. Sabe que a verte venía  
tan solo (por tu mujer)  
para decirte, y lo siento,  
que el semestre se ha vencido...

JIL. Sí, señor, y no he podido  
pagar el arrendamiento.  
Espere usted...

CASIMIRO. Ya la cosa  
pasa de castaño oscuro,

JIL. Don Casimiro, le juro  
que la crisis espantosa  
que estamos atravesando...

CASIMIRO. La crisis!

JIL. Hai que esperar...

CASIMIRO. El que no quiere pagar  
va la crisis anunciando!

JIL. Concédame usted un plazo,  
pues ya sabe...

CASIMIRO. (Pobre mozo;  
la echaré de jeneroso.)  
Ven, Jil, y dame un abrazo.

JIL. (*Con alegría.*)  
Lo concede usted?

CASIMIRO. Si a fé.  
(*Se abrazan.*)

JIL. Mil gracias, amigo mio.

CASIMIRO. Pero en tu honradez confio.

JIL. A fin de año pagaré.  
Señor, mi agradecimiento  
no tendrá en el mundo igual.

CASIMIRO. (*Con disimulo.*)  
Solo un interes mensual  
pagarás del tres por ciento  
hasta que llegue ese dia,  
porque no es justo en rigor  
que yo me grave.

JIL. Señor...  
(Qué crueldad, qué villania!)

CASIMIRO. (Dice mui bien el refran,  
ya no tengo duda alguna:  
que el amor y la fortuna  
siempre de cuernos están.)

(*Se frota las manos.*)

JIL. (Esto es ruin! Yo pierdo el seso!  
Ya no existe la hidalguia?  
En dónde está, patria mia,

lo que tú llamas progreso?  
¡Progreso! Frase elocuente  
que está en Chile mui usada  
y que dice comentada:  
"Saca el jugo al indijente."

CASIMIRO. (*Mui contento.*)  
(Elisa me ha desairado,  
en el amor he perdido,  
pero en el negocio he sido  
como siempre afortunado.)  
(*Con humildad.*)

Este sacrificio que hago  
dime, Jil, si te acomoda...

JIL. (Esta es la amistad de moda  
en Valparaiso y Santiago.  
Esto llena de amargura,  
envenena el corazon;  
hoi llaman negociacion  
al ajiotaje, a la usura.  
No se puede corregir  
a toda esta infame jente?  
Ah! pagan... pagan patente,  
patente para oprimir.)

CASIMIRO. (*Despues de un breve silencio.*)  
Con que, ¿te gusta el contrato?

JIL. Acabemos...

CASIMIRO. Acabemos...

JIL. Sí, en el instante debemos...

CASIMIRO. Apruebas?

JIL. Apruebo el... trato.  
(Qué he de hacer!)

CASIMIRO. (La suerte mia!)  
Adios. (*Despidiéndose.*)

JIL. Adios.

CASIMIRO. (Al momento  
voi a hacer el documento  
en cualquier escribania;

y despues donde la bella  
volveré con mas reposo,  
a ver si por jeneroso  
consigo...)

JIL. (*Viendo salir a don Casimiro.*)

Maldita estrella.

(*Jil se pone a pasear por la escena tratando de  
dominar su indignacion.*)

## ESCENA VIII

J I L.

Todo en mi mal se conjura,  
todo acibara mi vida;  
a cada paso una herida  
que el corazon me tortura.  
Ya no puedo, sufro mucho;  
siempre crueldad para el pobre  
si no hai plata, si no hai cobre;  
bien dice, bien dice Lucho! (1)  
"Para evitar la ocasion  
"será necesario hacer  
"que a los pobres al nacer  
"les rompan el corazon."  
(*Se sienta.*)

Yo te desprecio arrogante  
sociedad necia y vacia;  
trabajaré noche y dia;  
solo es pobre el ignorante.  
No me faltará el valor  
para luchar con firmeza;  
solo es crimen la pobreza,  
si es pobreza sin honor.

(1) Luis Rodriguez Velasco, en cuya comedia *Por amor y por dinero*, ocurren los cuatro versos que siguen.

Será mi vida ignorada  
y mi muerte será oscura,  
sí; pero jamas la usura  
en mi hogar tendrá morada.  
Yo no quiero tener oro  
con mengua de la honra mia,  
como muchos que en el dia  
lo consiguen sin decoro.

(*Pausa breve. Se pone a rejistrar y correjir  
sus manuscritos.*)

Cuánto error; qué disparates!  
Uno, dos... pierdo la cuenta.  
Vamos, parece la imprenta  
algun asilo de orates.  
Paciencia; no hai que *chorear*  
que todo asi se remedia.

(*Animándose paulatinamente.*)

Cuando acabe esta comedia  
otra tengo que empezar,  
y en ella me ocuparé  
de unos cuantos redactores,  
diputados, oradores  
y otros bichos que yo sé...  
¡Cómo me voi a reir!  
De pensarlo pierdo el seso.

(*Elena canta en el interior.*)

Quién canta, quién canta eso,  
quién me viene a interrumpir?

## ESCENA IX.

JIL.—ELENA. (*Vestida de hombre.*)

ELLENA. (*Cantando.*)

„Nací en un bosque  
„de cocoteros  
„una mañana

„del mes de abril...“

JIL. (Quién es este hombre  
tan insolente  
con ese cuerpo  
de figurin.)

ELENA. (*Cantando.*)

„Y me mecieron  
„en una hamaca  
„echa de plumas  
„de colibrí.“

JIL. (Pues es antojo.)

ELENA. Mui buenos dias

(Qué cara pone  
mi primo Jil!)

JIL. Dar de ese modo  
los buenos dias,  
yo le aseguro  
que nunca ví.

ELENA. (*Saca una carta y lee para sí.*)

Esta es la casa,  
no me equivoco.

(*Lee alto.*)

„Frente a la esquina  
„de la Matriz.“

JIL. Usted, sin duda,  
se ha equivocado...

ELENA. Nó, señor mio.

JIL. (Qué zascandil!)  
Pues tome asiento  
si le acomoda.

ELENA. Con mucho gusto.  
(*Se sientan.*)

JIL. Usted es de aquí?

ELENA. Nó, caballero.

JIL. Yo presumia...

ELENA. Vivo en un fundo  
que tengo en Buin.

JIL. (Qué extravagantes  
son sus maneras!)

ELENA. (Si me conoce  
pobre de mí!)

JIL. Algun asunto  
lo habrá traído?

ELENA. Traigo... cien sacos  
de buen anís,  
charqui, porotos,  
trigo, cebada...

JIL. (Ai! quién tuviera  
todo eso aquí.)

ELENA. Pero no es esto  
lo que me aparta  
de los lugares  
do soi feliz...

JIL. (Caí en las garras  
de un provinciano;  
cómo me libro  
de este arlequin?)  
Serán los ojos  
de alguna chica?

ELENA. Que Dios me libre  
de ese deslíz.

JIL. Pues no comprendo  
cuál es la causa  
de su venida.

ELENA. Voi a decir;  
pues es el caso,  
mui señor mio...

JIL. (Y no es el mozo  
tan incivil.)

ELENA. Que mi cuñado  
por sus negocios,  
hace ya tiempo  
que fué a París,  
y ayer de tarde

supe su vuelta  
por esta carta  
que recibí.

(*Mostrándole la carta que sacó momentos antes.*)

JIL. (Con mil demonios,  
quién este hombre  
tan majadero?)

ELENA. Puedo seguir?

JIL. Y yo qué tengo  
que ver, amigo,  
con su cuñado  
ni con Paris?  
Si no me esplica...

ELENA. Pues es lo mismo  
que yo deseo  
señor don...

JIL. Jil  
Pedrera y Rosas,  
para servirlo.

ELENA. Pues yo me llamo...  
me llamo... Luis.

JIL. Quedo enterado.

ELENA. Qué gusto tengo!  
(*Lo abraza fuertemente.*)

JIL. Que me sofoca  
por Dios, así...

ELENA. Yo soi amigo  
de Elisa Rubio...

JIL. (Amigo, dice,  
Dios de David!)

ELENA. Y vengo a verla  
porque deseo  
darle un... abrazo  
con frenesí.

JIL. Tengo gran gusto  
de conocerlo.

ELENA. Idem, peridem

me pasa a mí.

Con su permiso.

(Pone los pies sobre la mesa, desordenando los  
borradores de Jil.)

JIL. (Bravo, me gusta.  
Tengo diez pliegos  
que corregir,  
y este babieca  
querrá completo  
pasar el día  
metido aquí.)

ELEN. Hace que a Elisa  
yo no la veo  
como dos años.

JIL. La haré venir.

ELENA. No la moleste.

JIL. Qué desatino;  
tendrá contento  
de verlo aquí.

ELENA. Yo no lo dudo...  
Cuando era niña  
yo fui su Adónis.  
¡Tiempo feliz!

JIL. Cosas de chicos...

ELENA. Era en la escuela;  
no le ha contado?

JIL. Qué ha de decir!

ELENA. Oh! por supuesto  
que no pasaba...

JIL. Ya lo supongo.

ELENA. De amor pueril.

JIL. (Llamando.)  
Elisa! Elisa!

ELENA. Quizá ocupada  
con sus quehaceres  
o el chiquitín...

JIL. Pero qué importa

cuando se trata  
de que lo vea,  
señor don Luis.

ELENA. Mucho le estimo  
tanta fineza.

JIL. (Dios te maldiga  
mil veces, mil.)

ELENA. No la moleste.

JIL. (*Idem.*) Elisa! Elisa!

ELENA. Allí la miro  
cojiendo flores  
en el jardin.

JIL. (*Llama otra voz.*)  
Elisa, vuela,  
ve que ha llegado...

ELENA. (Está furioso.)

JIL. Tu amigo Luis.

ELENA. Cuánta molestia!

JIL. No le repito.  
—(Si yo enviudara,  
por San Quintin  
juro que nunca  
dijera amores,  
aunque muriera  
de frenesí,  
a la mas bella  
mujer del mundo  
si tiene amigo  
que viva en Buin,  
porque estos *futres*  
de las provincias  
son pegajosos...)

(*Sale Elisa, que se supone ha estado en el jardin.*)

ELENA. Elisa.

ELISA. E... Luis!

(*Jil se sienta y continúa la correccion de sus  
borradores completamente abstraído.*)

ESCENA X.

JIL.—ELENA.—ELISA.

ELENA. (Serenidad.) Cara Elisa,  
qué gusto tengo de verte.

ELISA. Yo mucho más.

ELENA. (Nada advierte.)

Siempre la misma sonrisa;  
siempre ese rostro hechicero.

(*Jil, ocupado en su tarea, ni oye ni ve nada.*)

JIL. (Vuelvo al trabajo, adelante.)

ELISA. Siempre tú tan elegante,  
tan mono, tan zalamero.

ELENA. Aun verte se me figura  
cuando eras una chicuela;  
cuando jugando en la escuela  
ambos a dos...

ELISA. (Qué amargura!)  
ya me pongo colorada.)

ELENA. (Habla mujer.)

ELISA. (Si no puedo.)

ELENA. (Un esfuerzo.)

ELISA. (Me da miedo.)

ELENA. (Me dejas en la estacada!)

De tu constancia y tu fé  
quién podrá nunca dudar?

—No te sueles acordar

cuando el cristo, a, b, c,

aprendíamos los dos,

en una misma cartilla

sentados en esa silla?...

ELISA. Sí me acuerdo.

ELENA. (Alza la voz.)

ELISA. Qué tiempo aquel tan dichoso!

Todo era juego, alegría...

ELENA. Es verdad, Elisa mía.

JIL. (Este cambio es prodijioso.)

(*Jil continúa abstraído.*)

ELENA. (Es necesario finjir;  
como se hace en un salon.)

ELISA. (Ya te entiendo.)

JIL. (Conclusion.)

ELENA. (Que nada importa mentir.)

Muchos dengues y miradas,

tosecita, suspirar;

ramanticismo al hablar

y frases entrecortadas.)

ELISA. (Si sé lo que debo hacer.)

ELENA. (Dices bien! qué distracciones;

no necesita lecciones

para finjir la mujer.

Oyeme, pues.)

ELISA. Ya te escucho.)

ELENA, (Demos principio al ataque

y verás que el badulaque)...

No sabes, mi bien, lo mucho

que gozo al verme a tu lado.

ELISA. Yo tambien.

ELENA. (Con mas dulzura.)

ELISA. Tú conoces la ternura

con que siempre te he mirado.

ELENA. (Bravo, bravo; sigue asi

y alcanzamos la victoria.)

ELISA. Siempre tuve en la memoria

un recuerdo para tí.

(*Viendo que Jil permanece indiferente.*)

(Nada escucha; está embebido

como siempre en su tarea.)

ELENA. (No temas, yo haré que vea...)

ELISA. (Yo la esperanza he perdido.)

ELENA. No tengas esa aprension.)

ELISA. (Repara.)

ELENA. (Que disparate;  
antes de entrar en combate  
te rindes a discrecion?)  
(*Hablando mui alto como para que oiga Jil*)  
Ya ves que el tiempo y la ausencia  
estinguir no ha conseguido  
éste cariño.

ELISA. Tú has sido  
el alma de mi existencia.  
—En mis horas de pesar,  
de triste melancolia  
tu recuerdo...

ELENA. Amiga mia!

ELISA. Era mi ángel tutelar.  
(*Se abrazan. Jil continúa lo mismo.*)

ELENA. (Nada, nada.)

ELISA. No te asombre,  
ya sabes su enfermedad.)

ELENA. (Pero es mui raro, en verdad;  
si será de estuco este hombre?  
Veamos.)

(*Besa una mano de Elena. Jil no se mueve.*)

ELISA. (Nada.)

ELENA. (Lo mismo!)

ELISA. (No ves, no te lo decia;  
no hai remedio.)

ELENA. (Yo creia  
éste el mejor sinapismo  
para llamar su atencion.)

ELISA. Ya te convences?)

ELENA. (Jamás!)

ELISA. (Pero cómo?)

ELENA. Ya verás  
si viene la reaccion.)  
(Pónte tu chal, tu sombrero.)

ELISA. (Qué dices?)

ELENA. (Vamos a dar

una vuelta.—Hai que tomar  
otra medida.—Lijero...  
corriendo; te aguardo aquí.)

ELISA. (Pero Elena.)

ELENA. (Corre digo.)

Señora...

(Despidiendo a Elisa y besándole la mano otra vez)

ELISA. (Sonriendo) Gracias, amigo...

ELENA. (No te tardes; oyes?)

ELISA. (Sí.)

(Jil continúa leyendo, escribiendo y jesticulando sin reparar en nada.)

## ESCENA XI.

JIL. — ELENA.

ELENA. Ni se mueve; yo no he visto

un ser mas raro y curioso;  
parece que hai en sus venas  
en lugar de sangre, plomo.

Ah! pero yo le prometo...

(Hace rodar una silla por el suelo con gran  
ruido. Jil no hace caso.)

Nada! ciego, mudo y sordo.

(Elena se pone a cantar a gritos. Jil no oye.)

JIL. (Consigo mismo.)

Qué efecto ha de producir  
este bello soliloquio!

ELENA. (Habló el buel.)

JIL. (Con mucho entusiasmo.)

Llega confuso

por la izquierda don Antonio,

(Leyendo y jesticulando.)

„Mas ya se acerca bombástica

„esa mujer que frenética

„luciendo su talle plácido

me dice con voz atlética:  
ya que con intentos pérfidos  
te muestras ante mi erótico,  
saber debes, gran famélico,  
que mi amor es algo exótico.  
(*Vuelve a escribir, etc.*)

ELENA. Jesús! cuánto disparate  
de piés a cabeza, todo!  
(*Entra Elisa con sombrero, chal y un manojo  
de llaves en la mano.*)

## ESCENA XII.

JIL.—ELENA.—ELISA.

ELISA. Estoy lista.

ELENA. Pues en marcha.

ELISA. (*Panizando las llaves sobre la mesa en que  
está Jil.*)

Toma las llaves, esposo.

JIL. Las laves! qué significa? (*Sorprendido.*)

ELISA. Que voi a dejarte solo  
porque...

ELENA. Tenemos que hacer  
un importante negocio.  
Usted no tenga cuidado  
por Elisa; yo respondo.

ELISA. (*Enseñándoles las llaves.*)

Esta es la de la despensa  
y esta otra del lavatorio.

(*A Elena.*) Vamos, Luis.

ELENA. Vamos, Elisa.

(*Jil se las queda viendo sin comprender nada.*)

ELISA. Adios. (*Despidiéndose de Jil.*)

ELENA. Adios. (*Idem. Salen riéndose.*)

JIL. (*Después de un momento.*)

Este mozo...

No comprendo esta salida.  
Cómo explicarme.—Esto solo  
me faltaba. No es posible.

*(Corre a la puerta por la que salió Elisa y  
llama.)*

Elisa, Elisa; ni asomo.

Ya se fueron. *(Llama.)* Marta, Marta.

MARTA. *(Del interior.)*

—Voi en el instante, corro.

*(Jil va a tomar el sombrero para salir y  
entra Marta corriendo.)*

### ESCENA XIII.

JIL.—MARTA.

MARTA. Me llamaba su mercé?

JIL. Sí, Marta...

MARTA. Qué se le ofrece?

JIL. Salió Elisa?

MARTA. Me parece.

JIL. Pero con quién?

MARTA. Yo qué sé!

No estaba aquí la señora  
antes de salir?

JIL. Y ese hombre,  
quién es?

MARTA. Ignoro su nombre;  
yo solo lo he visto ahora.

Qué, su mercé no lo sabe?

JIL. Me dijo que Luis se nombra  
y no sé más.

MARTA. *(Con aspavientos.)*

Pues me asombra;  
esto es mui grave, mui grave!

JIL. Qué dices?

MARTA. Digo patron...  
pero no... no digo nada.

JIL. No seas tan reservada.

MARTA. (*Con malicia.*)  
La ocasion hace al ladron!

JIL. Tú crees?

MARTA. No digo tanto.

JIL. Sácame de esta fatiga.

MARTA. Qué quiere, señor, que diga;  
yo sé que entre santa y santo...

JIL. Cómo es eso?...

MARTA. (*Ya he cumplido.*)

JIL. Pero no, no puede ser.  
Sabes algo?

MARTA. (*Con misterio.*) Yo?

JIL. Mujer!

MARTA. (*Presignándose.*)  
Qué es lo que habrá sucedido!  
—En todo caso seria  
su falta mui escusable,  
siendo usted solo el culpable.

JIL. Qué es lo que dices harpía?  
No entiendo.

MARTA. Le esplicaré...  
Porque merece esa suerte  
el marido que es... inerte,  
el marido como usted.

(*Sale corriendo y haciéndole a Jil la señal  
de la cruz. Jil se queda atónito.*)

## ESCENA ÚLTIMA.

JIL.

Qué acaba de pronunciar!  
Se va echándome lo cruz...

—Será?... Dios mio, qué luz  
viene mi mente a alumbrar!

*(Cae desfallecido sobre una silla cubriéndose la  
cara con las manos.—Cae el telon lentamente.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

# ACTO TERCERO.

LA MISMA DECORACION.

---

## ESCENA PRIMERA.

JIL. (*Paseándose ajitado.*)

Dios mio, como es posible  
que pueda ocultar su pecho  
tan infame alevosía;  
tanta hiel, tanto veneno!  
Cómo es que puede gozarse  
en alterar mi sosiego,  
sepultando en el oprobio  
cuanto en el mundo venero!  
Esta idea es un fantasma  
que no me deja un momento,  
que en todas partes me sigue  
como sombra de mi cuerpo.  
El deshonor! nunca, nunca!...  
Esto sin duda es un sueño,  
una fiebre, un desvario  
que trastorna mi cerebro...  
No puede ser, soi un loco,  
no reflexiono, no pienso.  
Elisa! Elisa!... jamas...

Quiero engañarme y no puedo.  
De esta cruel incertidumbre  
salir al instante quiero;  
el golpe será de muerte,  
el desengaño tremendo...  
Nada importa.—Es preferible  
espirar en el tormento  
a vivir como yo vivo  
de ansiedad y duda lleno.

(*Toca una campanilla que habrá sobre la  
mesa y se presenta Marta.*)

## ESCENA II.

JIL. — MARTA.

MARTA. Aquí estoy

JIL. Marta.

MARTA. Patron.

JIL. (Pongamos rostro sereno.)

MARTA. Qué me manda su mercé?

(Si querrá decirme un verso?)

JIL. (Yo no sé lo qué me pasa.)

MARTA. (Qué cara tiene, qué jesto!)

JIL. (Me parece que un delito  
fuera a cometer.)

MARTA. Espero...

(Parece herido en la noble;  
mas al fin es moro viejo...)

JIL. (Qué siento yo?) (*Se toca el pecho.*)

Mira Marta...

MARTA. (Estoy temblando de miedo.)

JIL. Llégate más...

MARTA. (Dios me asista.)

JIL. Que quiero hablarte en secreto.

MARTA. Aquí estoy. (*Acercándose.*)

- JIL. (Es necesario  
hacer el último esfuerzo.)
- MARTA. (Madre y Señora del Cármen  
no me dejes un momento.)
- JIL. Escucha, Marta...
- MARTA. Ya escucho.
- JIL. Pero ante todo te ruego  
que me digas la verdad.
- MARTA. Patron, si yo nunca miento.
- JIL. Es que en ello va mi vida,  
mi nombre, mi honor te advierto,  
y si me engañas...
- MARTA. Señor,  
no sabe que me confieso  
y que voi siempre a la iglesia?
- JIL. Apesar de eso... te creo;  
pero si acaso me dices  
lo contrario, te prometo  
que he de arrancarte la lengua.  
Oyeme, Marta... (*Se queda pensativo.*)
- MARTA. (El ha vuelto  
de aquel letargo en que estuvo  
sumerjido tanto tiempo;  
mas volverá a las andadas  
como me lo estoi temiendo.  
¿Qué estará pensando?)
- JIL. Escucha...
- MARTA. Mande su mercé.
- JIL. Yo tengo  
ciertas dudas que me matan  
y esclarecerlas pretendo,  
porque con ellas mi vida  
es un horrible tormento.
- MARTA. (Esa es señal de que se halla  
mui mejorado el enfermo.)
- JIL. Aunque se haga mil pedazos  
con la realidad mi pecho,

quiero saberla al instante,  
quiero salir de este infierno,  
de la cruel incertidumbre  
en que vivo, en que me pierdo.

MARTA. (Esto anuncia que va bien;  
oh! qué famoso remedio!)

JIL. Díme, Marta, tú no has visto  
algo de extraño, de nuevo  
en Elisa?

MARTA. No, nadita;  
pero me pondré en acecho  
si su mercé lo desea.

JIL. Mira que saberlo puedo  
y ¡ai! de tí...

MARTA. Pero, señor,  
diré lo que yo no veo?

JIL. Cómo, no has visto siquiera  
que ese don Luis, majadero,  
le dirige la palabra  
y le habla de amor?

MARTA. No creo.  
Qué ha de dejar la señora  
que le falten el respeto!

JIL. (Nada, nada; esta mujer  
está con ellos de acuerdo.)

MARTA. (Ha querido sonsacarme  
pero el chasco ha sido bueno.)

JIL. (Astucia es lo que conviene  
y es el único remedio.)  
(Saca dinero y se lo ofrece a Marta.)  
Toma tú.

MARTA. (Con avaricia.)  
(Platita...)

JIL. Toma;  
pero guárdame el secreto.

MARTA. (Con hipocresía.)  
Yo no estoy acostumbrada...

JIL. Toma te digo.

MARTA. No puedo...

JIL. ¿Qué te impide?

MARTA. Mi conciencia.

(*Marta toma el dinero.*)

JIL. Yo quiero hacerte un obsequio.

MARTA. Gracias. (*Finjiendo avergonzarse.*)

JIL. Bien.

MARTA. (A la capacha;

cómo me gusta el dinero  
cuando viene por sí solo!)

JIL. Darte el doble yo te ofrezco  
siempre que tú me prometas  
estar de Elisa en acecho  
observando cuanto ella haga,  
hasta el menor movimiento,  
y decírmelo al instante.

MARTA. Sí, señor. (Yo te prometo!...)

JIL. Si con su amiga conversa,  
todo, todo.

MARTA. Por supuesto;  
descanse en mí su mercé  
que yo me pinto para eso.

JIL. Ya sé, Marta, que tú has sido  
educada en un convento.

MARTA. ¿Esto es todo?

JIL. Todo; lo haces  
pero con mucho secreto.

MARTA. No lo sabrá ni mi almohada.

JIL. Ya sabes donde me encuentro;  
si algo quisieras decirme,  
si observas algo de nuevo,  
si descubres algun dato  
me vas a ver al momento.

(*Se va por la derecha del actor.*)

ESCENA III.

MARTA.

Yo temo que mis costillas  
vengan a pagar la fiesta,  
porque al fin nuestras diabluras  
y todas estas calendas  
han de ser pronto, mui pronto,  
por el señor descubiertas.

De todo tiene la culpa  
esa señorita Elena  
que con su ingenio maligno  
ha inventado estas leseras,  
metiéndole a la señora  
mil farsas en la cabeza.

Como a ella nada le importa  
lo que despues sobrevenga,  
y el dia menos pensado  
se va a Santiago o su hacienda,  
dejándonos a nosotras  
metidas en esta hoguera,  
no se fija en nada, en nada,  
con tal que ella se divierta...

Y sin embargo, la quiero  
porque es simpática, buena,  
y por nada de este mundo  
es capaz de ser malévola.

Pero volviendo a lo de antes,  
lo peor es que con esas  
no calmarán la manía  
que a mi patron atormenta,  
y volverá a su costumbre,  
suceda lo que suceda.

Mas, ¿qué le diré al celoso?  
se pondrá como una fiera...

pero qué importa... le digo,  
le diré... ya están de vuelta  
(*Entran Elena y Elisa. La primera trae un  
ramo de flores y varios envoltorios.*)

ESCENA IV.

MARTA.—ELENA.—ELISA.

ELISA. Gracias a Dios que llegamos.

ELENA. Cómo fastidian las tiendas;  
es un suplicio, un tormento  
estar un instante en ellas!

ELISA. Tienes razon.

ELENA. Yo no he visto  
ni sé que exista en la tierra  
otra jente mas cargosa  
que esa jente de... tijera.

ELISA. Se imajinan que nosotros  
somos salvajes.

ELENA. De veras.

ELISA. Es ya cosa insoportable...

ELENA. Es de perder la paciencia;  
si se va a comprar hoi dia  
una simple bagatela,  
tiene usted que el comerciante  
ha de querer a la fuerza  
meternos gato por liebre.

ELISA. Si ellos no tienen conciencia.

ELENA. Diciéndonos al instante  
como si fuéramos ciegas:

(*Finjiendo la voz.*)

"Lo que ofrece usted es poco;

"señorita, mas nos cuesta."

ELISA. Asi medran de porrazo;  
asi su caudal aumentan.

ELENA. Y se salen con su gusto

apurando la paciencia;  
y despues llenos de plata  
a sus hogares regresan  
a vivir como señores,  
arrastrando carretela,  
por todas partes diciendo  
que nuestra patria está llena  
de pehuenches o salvajes...  
Ingratos! cuando debieran  
bendecir de Chile el nombre  
con su gratitud eterna,  
ya que los liberta Chile  
de morir en la miseria.

MARTA. (*Acercándose a Elena.*)

Le llevaré, señorita,  
esas compras a su pieza?

ELENA. Nó, Marta, no te molestes.

(*Pone el ramo, etc., sobre la mesa.*)

¿Ha habido alguna ocurrencia?

ELISA. ¿Ha vuelto Jil?

MARTA. Sí, señora;  
está como un tigre.

ELENA. Cuenta.

MARTA. Asi que ustedes salieron,  
llegó el patron...

ELISA. Grande nueva!

MARTA. Y furioso, como nunca,  
mas amarillo que cera,  
me dijo: (*Finjiendo la voz.*)  
„Marta, yo tengo  
„una duda...

ELISA. Ves, Elena?

ELENA. Calla tonta.

ELISA. } (*A Marta.*) Sigue.

ELENA. } Sigue.

MARTA. „Duda cruel que no me deja  
(*Finjiendo la voz.*)



hemos triunfado ya a medias.

(A Marta.)

Y tú qué le contestaste?

MARTA. Le dije que así no era;  
que soy tonta! yo me pinto  
para engañar a cualquiera,

ELENA. Has hecho mal.

MARTA. ¡Cómo mal!

ELISA. Has hecho bien.

ELENA. Qué simpleza.

MARTA. Cómo es esto, ¿a quién entiendo?

ELENA. (Acercándose a Elisa y haciéndole cariño.)

Me prometiste obediencia.

(A Marta.) Has hecho mal, te repito;  
cuando a preguntarte vuelva  
dile que don Luis la adora  
y está muerta de amor ella.

MARTA. Después se quedó callado;  
mas tarde me dijo:

(Imitando la voz.)

„Observa

„todo, todo lo que pasa  
„y sin que nadie lo sepa  
„me das aviso en el acto.”

ELENA. Bravísimo! que padezca!

MARTA. Y se fué de aquí furioso  
sin aguardar mi respuesta.

ELENA. Soberbio! Dios nos proteje.

Si no hai como esta receta  
para lograr maravillas,  
y como es industria nueva  
voi a pedir privilejio.

ELISA. Siempre bromas.

ELENA. Moledera!  
qué, quieres que esté llorando?

MARTA. (Si es diablo!)

ELENA. Venga la leva

a quien tú vas a deber  
toda tu dicha en la tierra.

ELISA. ¿Te vas a vestir?

ELENA. Pues nó?

Quiero por la vez primera,  
estimulando sus celos,  
echar el resto...

ELISA. (*Con tristeza.*) Ai! Elena!

ELENA. Y probar al fin y al cabo,

cual el refran lo recuerda,  
si contra frios desdenes  
tiene poder... cierta espuela.

Ya verás los resultados;  
mas tan luego como venga  
cuida de hacer su papel  
lo mejor que hacerse pueda,  
y déjate de pamplinas.

ELISA. No creo que él se convierta.

ELENA. Vamos, Marta.

MARTA. Un momentito,  
que voi allá de carrera. (*Toma el ramo, etc.*)

ELENA. Apura. (*A Marta.*)

(*A Elena déndole la mano.*) Con que ya sabes...  
(*Elena la abraza.*)

ELISA. Descuida. (*Con voz débil.*)

ELENA. Ya estoi de vuelta.

(*Salen Elena y Marta.*)

## ESCENA V.

ELISA.

Pobre Jil, yo no he debido  
causarle tantas molestias  
observando esta conducta  
y oyendo la voz de Elena.  
Sabe el cielo cuánto a mi alma

esta complacencia cuesta!  
Yo que ciega lo idolatro  
con pasion tan verdadera,  
que no abrigo mas afecto  
que su cariño en la tierra,  
tener que finjir ahora  
desamor, indiferencia,  
y dejarlo abandonado  
a solas con su tristeza...  
Mi debilidad condeno.

(Sale Jil de su cuarto.)

JIL. (Dios mio!) (Reparando en Elisa.)

ELISA. (Qué se me espera!)  
(Reparando en Jil.)

## ESCENA VI.

ELISA.—JIL.

ELISA. (Pálido está.)

JIL. (No me ha visto.)

Ejem! Ejem! (Tose.)

ELISA. (Sin darse por entendida.)

(Fuerte cosa

es en mí.)

JIL. (Está desdeñosa.)

ELISA. (Yo no sé cómo resisto.)

JIL. (Esto es cruel.)

ELISA. (No debo yo...)

(Como reprochándose a sí misma.)

JIL. (Me estoi ahogando, me muero.)

(Se acerca a Elisa lentamente dominando  
su emocion.)

Díme, Elisa, mi sombrero  
por aquí no has visto?

ELISA. (Con suma indiferencia.)

Nó.

JIL. (Qué frialdad, Dios clemente!

Es cierta mi desventura;  
cómo puede ser perjura  
con ese rostro inocente!)

ELISA. Tu sombrero... yo no sé...

Aquí está. (*Tomando el sombrero que estará  
sobre la mesa.*)

JIL. (Sierpe traidora.)

Mil gracias.

ELISA. Si no hai por qué.

(*Pausa. Elisa se pone a entonar la muer-  
te de la Traviata. Jil la escucha estupefacto.*)

JIL. ¿Cómo sigue el niño?

ELISA. (*Despues de un momento de silencio.*)

Asi...

JIL. ¿Se encuentra mejor?

ELISA. (*Abre un libro y lee contestando a Jil  
maquinalmente.*)

Mejor.

JIL. ¿Ha venido ya el doctor?

ELISA. El doctor, sí vino, sí...

JIL. (*Con sumo cariño.*)

Estás mui entretenida.

ELISA. No tanto. (*Con frialdad.*)

JIL. Si te molesto.

ELISA. A mí? por qué dices esto?

JIL. Creí que tal vez...

ELISA. Descuidada.

JIL. (Yo voi a desesperarme!)

ELISA. (Qué situacion!)

JIL. (Qué amargura!)

ELISA. Es tan grata la lectura...

JIL. (Ni aun ha querido mirarme.

Oh! la duda me asesina.)

(*Apoyándose en el raspaldo de la silla en que  
está sentada Elisa.*)

Y qué libro es ese, a ver...

ELISA. Toma, toma. (*Dándole el libro como para que se aleje.*)

JIL. (*Leyendo.*) "La mujer,  
por Severo Catalina."

ELISA. Es un libro mui bonito  
que dice muchas verdades.

JIL. Y tambien mil necedades.

ELISA. Ya verás qué bien escrito.

JIL. Sí. (*Dando vueltas al libro.*)  
Es de lujo la edicion.

ELISA. ¿Qué dices?

JIL. Qué he de decir?  
que es el modo de escribir  
de la actual jeneracion.

ELISA. Hombres injustos!

JIL. Qué quieres...

ELISA. Ese libro es...

JIL. Falsedad;  
cómo ha de decir verdad  
si trata de las mujeres!  
(*Elisa se pone a bostezar, finjiendo deseos de dormir.*)  
Parece que no has dormido.

ELISA. Será el baño.

JIL. (*Está patente;*  
quiere decir claramente  
que la cansa su marido.)

ELISA. Hace calor.

JIL. Yo no siento.  
(*Elisa bosteza repetidas veces.*)  
(Y bosteza; ya estoi harto...)

ELISA. Mira, Jil, voi a mi cuarto;  
quiero dormir un momento.  
(*Se dirige a la puerta de la derecha.*)

JIL. (Y se va; me deja asi,  
sin disculpase siquiera.)

*(Quiere seguir a Elisa, pero ésta se lo impide con la acción.)*

ELISA. (Me voi porque me vendiera;  
no tengo confianza en mí.)

*(Se va.)*

## ESCENA VII.

J I L.

*(Breve pausa.)*

Mi situación es horrible!  
Ya no lo puedo dudar;  
su indiferencia comprueba  
que me engaña sin piedad.

*(Con tristeza.)*

Me ocultaré donde pueda  
vivir sin verla jamás,  
ya que me cupo en el mundo  
este destino fatal;  
moriré con mi vergüenza,  
pero no me insultarán  
como a esos pobres maridos  
que no tienen dignidad,  
y que al verlos en la calle,  
tan satisfechos pasear,  
los señala con el dedo  
la malicia universal.

*(Con entusiasmo creciente.)*

Pero nó; yo en mi retiro,  
tranquilas horas de paz,  
lejos del mundo y su pompa,  
podré al menos disfrutar.  
Yo tendré para consuelo  
de mi dolor sin igual  
por compañera a Talía

en mi triste soledad;  
y Melpómene, Caliope  
de mi sueño al despertar,  
siempre amantes a mi lado  
con cariño velarán.

*(Acercándose a la puerta por donde salió  
Elisa.)*

Pronto te daré al olvido...  
adios, mujer criminal,  
que has apagado en mi pecho  
de amor el fuego vivaz.

Anda, goza con tu amante,  
de mí no te acuerdes ya;  
hoi rie alegre en el mundo,  
que mañana llorarás,  
cuando quede tu hermosura

marchita por el afán;  
cuando cubierta tu frente  
por la palidez mortal,  
lance sobre tí su fallo  
severa la sociedad,

pues cada instante de gozo  
cuesta un siglo de pesar.

Para mí en tanto tranquila  
la existencia pasará,  
bajo una aureola sagrada  
de poesía y de paz.

Ella serán mi consuelo,  
será su templo mi hogar,  
y mil perfumadas flores  
de su suelo brotarán...

*(Se va.)*

ESCENA VIII.

DON CASIMIRO.—MARTA.

(*Ambos por el fondo.*)

MARTA. Digo que no está.

CASIMIRO. Me admiro.

MARTA. (¿A qué vendrá este usurero?)

CASIMIRO. ¿No está en casa el caballero?

(*Viendo a todas partes y como dudando de Marta.*)

MARTA. Nó, señor don Casimiro.

CASIMIRO. Nunca lo puedo encontrar.

MARTA. Avisaré a la señora.

CASIMIRO. No la molestes ahora.

MARTA. Cómo será molestar..

(*Va a salir y don Casimiro la detiene.*)

CASIMIRO. Te digo que nó; otro día  
o mas tarde volveré.

MARTA. Si descansar quiere usted...

(*Le da una silla.*)

CASIMIRO. Eso sí; ya no podia  
dar un paso.

MARTA. (Moledera.)

CASIMIRO. Gracias. (*Se sienta.*)

MARTA. Por tan poca cosa?

(*Pasa por delante de don Casimiro haciéndole monadas.*)

CASIMIRO. (Vamos, la chica es donosa;  
si conquistarla pudiera!)

(*Entusiasmándose.*)

MARTA. Tan feo, da confusion:

qué señor tan desgraciado!

(*Riéndose casi en las barbas de don Casimiro.*)

CASIMIRO. (Esta clase de pecado



ESCENA IX.

DON CASIMIRO.

Pues, señor,  
es raro lo que me pasa;  
nunca puedo en esta casa  
hacer a nadie el amor...  
Y aquí cual no lo creí...  
(lo que son los pareceres)  
se convierten las mujeres  
en Lucrecias para mí.

*(Disponiéndose para salir.)*

De mi desgracia reniego,  
esto es mucho padecer.  
Con mil bombas, ¿qué he de hacer?  
... tomar las de Villadiego.

*(Se va.)*

ESCENA X.

ELISA. — MARTA *(con una escoba)*.

ELISA. Espérate.

MARTA. Si lo pillo  
voi a darle una paliza. .

ELISA. Pero cálmate, mujer.

MARTA. Se habrá visto, señorita,  
una mayor desvergüenza  
que venir ese estantigua  
a una casa de respeto...

En dónde está?... *Buscando a don Casimiro.*)

ELISA. No te aflijas.

MARTA. Ya se fué. *(Con desconsuelo.)*

ELISA. Vaya con Dios!

MARTA. Se lo juro por mi vida

que el día que yo lo encuentre  
le rompo treinta costillas.

ELISA. Já, já, já!

MARTA. Y a su mercé  
le hace gracia?

ELISA. Marta, mira...  
no debiste hacerle caso.

MARTA. No hacer caso, señorita,  
cuando ese viejo pelele  
contra mi virtud conspira?  
Cuando pretende... Dios mio!  
Ave Maria Purísima...  
mejor es cerrar la boca.

ELISA. Es tu conducta mui digna.

MARTA. Me da gana de llorar;  
verme asi tan perseguida  
de los hombres. (*Haciendo pucheros.*)

ELISA. Razon tienes.

MARTA. Tan cargosos, me fastidian.  
Figúrese su mercé  
que si yo salgo a la esquina,  
a la recova o al Puerto,  
a cualquier hora del dia,  
el primer *paco* que miro  
me dice al pasar: (*Finjiendo la voz.*)

„Mi vida  
„si te llevara *pa entro!*...“  
Otro repite: (*Idem.*)

„Monita,  
„que gracia te ha dao er sielo!  
„soi sordao de artillería  
„y si usted, *ñora*, me quiere  
„me arranco de la melicia.“

(*En tono natural.*)

Un gringo que vende monos  
en la quebrada de Elias,  
al verme pasar esclama:

(*Finjiendo la voz*) "Quel selo te garde nina!"  
y se le cae de la boca  
al decirlo la cachimba.  
Si voi a la iglesia, dále,  
me dice el mocho: (*Idem.*)

"Hermanita,  
"tiene usté un moo de andar  
"y una carita tan linda...  
"si quiere usté llamo al paire  
"y para siempre nos liga."  
(*Haciendo el ademan.*)

Y me quiere dar la plata  
de las ánimas benditas.  
Si ya no tengo paciencia;  
ya me tienen aburrída;  
hasta un ministro, señora,  
se me atrevió el otro día.

ELISA. Eso será porque tú  
los mirarás con malicia.

MARTA. Yo soi incapaz, señora,  
de alzar a nadie la vista.  
Mui bien sabe su mercé  
que soi la mujer mas tímida  
que puede haber en el mundo.

ELISA. ¿A qué haces tantas salidas?

MARTA. (*Como disculpándose.*)  
Siempre tengo que salir  
sin querer al medio día  
en busca de alguna cosa  
que en la casa necesitan.

ELISA. Oh! Marta, no te disculpes...

MARTA. No ha visto usté, señorita,  
que sin salir a la calle  
he estado comprometida  
en la casa?

ELISA. Viejo infúco!  
Si la sociedad del día

castigára a estos Tenorios  
que con las canas teñidas  
van pisoteando insolentes,  
porque visten la levita,  
el santuario del hogar,  
nunca en Chile se vería  
tantas jóvenes burladas,  
tantas y tantas desdichas...

MARTA. No se saldrá con la suya.  
Mire su mercé, en la esquina  
vive mi hermano....

ELISA. (*Con sorpresa.*) Tu hermano!

MARTA. (*Se me escapó!*) Juan Bautista,  
y yo le puedo decir  
que le *casque*.

ELISA. Desatinas.

MARTA. Deme gusto su mercé.

ELISA. Digo que nó; vendrá el día  
en que el vil don Casimiro  
tenga en su conciencia misma  
el castigo de sus culpas;  
todo se paga en la vida.

MARTA. Que le dé siquiera... (*Hace el ademán.*)

ELISA. Nó.

MARTA. Yo no puedo estar tranquila  
mientras no pueda...

ELISA. ¿Te callas?

MARTA. Ya me callo.

(*Entra Elena trayendo el ramo de flores.*)

ELISA. Elena.

ELENA. Elisa.

## ESCENA XI.

ELISA.—MARTA.—ELENA.

Tengo una idea brillante  
que vamos a realizar.

ELISA. De veras?

*Elena observa por todas las ventanas si  
alguien escucha.*

MARTA. (*Al ver los movimientos de Elena.*)

(Jesus, qué afan!)

ELENA. Pero al momento, al instante.

ELISA. Bueno, dí...

ELENA. Vamos a ver...

Oye, Marta.

MARTA. Oigo, señora,

ELENA. ¿En dónde está Jil?

MARTA. Ahora.

en su cuarto; ¿qué hai que hacer?

ELENA. Aquí tu ingenio reclamo.

MARTA. Mi ingenio!

ELENA. Claro lo digo.

MARTA. A la obra.

ELENA. Cuento contigo.

MARTA. Me alegro.

ELENA. ¿Ves este ramo?

MARTA. Sí que lo veo... bonito.

ELENA. Jil ya no tarda en venir.

MARTA. Le digo?

ELENA. Qué has de decir;

Que lo manda el *futrecito*

para Elisa.

MARTA. Nada mas?

ELENA. Pero esto lo haces asi...

con maña.

MARTA. Confie en mí.

ELISA. Qué loca, qué loca estás! (*A Elena.*)

ELENA. (*A Marta.*) Y asi sin querer la cosa  
y haciéndote la chiquita,  
le dices...

MARTA. Ai! señorita;  
su enfermedad caprichosa  
ya no tiene cura.

ELISA. (*A Marta con enojo.*) Véte.

(*Marta va a irse y Elena la detiene.*)

ELENA. No te marches.

MARTA. Bien se ve:

no lo observa su mercé  
cuando vuelve a su bufete?

ELENA. Yo sin remedio lo curo.

ELISA. Curarlo!

MARTA. Qué desatino!

ELENA. Ten paciencia.

ELISA. No imagino  
que tú puedas...

ELENA. Del apuro  
harto bien he de salir.

Ya sabes... (*A Marta.*)

MARTA. Sí, cuanto pueda...

(*Habla bajo con Elena.*)

ELISA. Ni una esperanza me queda.

(*Con melancolia.*)

ELENA. Ven a ayudarme a vestir. (*Toma a Elisa  
de una mano y se van las dos.*)

## ESCENA XII.

MARTA.

Lindo ramo; cómo huele!  
por lo bien hecho que está

se conoce que es hechura  
del Parque Municipal.

Cuánto voi a divertirme,  
y cuánto voi a gozar.

Yo le prometo que siempre  
de Marta se acordará.

(*Viene Jil con un libro en la mano, que se  
supone es el "Quijote."*)

ESCENA XIII.

MARTA.—JIL.

JIL. Oh! tú, divino Cervantes,  
nunca has tenido rival.  
(*Hojeándo el libro y sin reparar en Marta.*)

MARTA. (Alerta.)

JIL. Tú de las penas  
siempre el bálsamo serás.  
(*Se dirige a la mesa, y Marta tropieza in-  
tencionalmente con él.*)

MARTA. Casi me ha deshecho el ramo.

JIL. Eres tú?

MARTA. Pues, claro está.

JIL. Déjame.

MARTA. ¿Ya se ha olvidado  
de la dama y su galan?  
(*Jil se sienta.*)

Señor, señor. (*Siguiéndolo hasta la mesa.*)

JIL. ¿Quién me llama?

¿Quién turba así mi solaz?

MARTA. Yo soi, Marta.

JIL. Bueno, bueno.

(*Se pone a leer para sí.*)

MARTA. Otra vez, que señor tan...

(*Acercándose más hácia él.*)

No me dijo su mercé  
que le viniera a contar  
si don Luis y la señora?...

(*Jil no la escucha.*)

(Está sordo, sordo está.

Yo creo que al fin y al cabo  
será inútil tanto afán.

Pero nó; tendré paciencia.)

Señor. (*Gritando.*)

JIL. Qué quieres?

MARTA. (*Con misterio.*) Bah! bah!

Vengo a decirle un secreto.

(*Jil vuelve a ocuparse de su libro.*)

JIL. Divino! (*Leyendo.*)

MARTA. (Qué terquedad!)

Don Luis manda a la Señora  
este ramo.

JIL. Qué me va;

corre, entrégalo y no vuelvas  
a interrumpirme.

(*Vuelve otra vez a hojear el tibro.*)

MARTA. (No hai mas

que echarle una mentirita.)

Éscuche usted la verdad:

hoi he visto a la señora

solita con su... galan

en el jardin largo rato;

Dios mio, qué iniquidad!

se decian unas cosas

que no quiero recordar.

JIL. Y eso qué tiene? (*Con indiferencia.*)

MARTA. Señor!

Qué suspiros!

JIL. Natural.

MARTA. Y tomándose las manos

se fueron...

JIL. Qué se me da.

MARTA. Ah! qué coloquios!

JIL. Qué importa!

MARTA. Y despues...

JIL. Qué fastidiar;

véte de aquí, yo no quiero

que me cuentes nada ya;

que se odien o que se quieran,

a mí todo me es igual.

MARTA. Pero, señor...

JIL. Basta, basta;  
yo quiero vivir en paz.  
(Tomando nuevamente el libro.)

MARTA. Como a mí me encargó...

JIL. Nada

quiero saber ni escuchar.

(Queda abstraído.)

MARTA. (Pobre señor, no hai remedio.)

(A Elena y Elisa que salen por la derecha.)

No tiene cura su mal

y por mas que ustedes hagan,

su objeto no lograrán.

(Se va llevándose el ramo. Jil no repara en  
Elisa y Elena, permaneciendo como ensimis-  
mado en su lectura.)

#### ESCENA XIV.

JIL.—ELISA.—ELENA.

ELENA. (Vente por aquí.)

ELISA. (No escucha,

que con estraña porfia

ha vuelto ya a su mania.)

ELENA. (Su temeridad es mucha.)

ELISA. Y parecia celoso...

ELENA. (Pues vamos al *tole-tole*,

para saber si esa mole

es insensible coloso.

Déjame usar de mi treta.)

ELISA. (Todo eso ha de ser en vano.)

ELENA. (Principio por lo mas llano.)

(Alzando la voz como para que Jil las oiga.

Éste no atiende nada.)

Cómo ha de amar un poeta,

que solo vive soñando

un mundo desconocido;

que va siempre distraído  
tras una rima vagando;  
que no tiene mas anhelo  
en su loco desvario,  
que los murmullos del rio,  
que los celajes del cielo;  
que llora mil ilusiones  
que no ha sentido siquiera;  
que va con voz lastimera  
entonando sus canciones;  
que no piensa en otra cosa...

JIL. (*Sin levantar la cabeza.*)  
(Qué voces estoi oyendo!)

ELENA. Que en estar amor mintiendo  
a Ines, a Sara o a Rosa?  
Si se murió don fulano,  
si ese fulano tuvo esto,  
(*Accionando en sentido de contar dinero.*)  
para ensalzarlo dispuesto  
allí se presenta ufano...

JIL. (*Con entusiasmo.*)  
(Oh! Maritornes... es cierto  
que si la mujer no quiere...)

ELENA. (*Con intencion.*)  
Que pícaro que se muere  
no es santo, despues de muerto!  
Si se inaugura una escuela  
en el Puerto, en el Baron,  
ha de hablar sin remision  
y allí volando se cuela.

JIL. (*Consigo mismo.*) (Todo lo abandona a prisa.)

ELENA. Sin querer ¡ai! reparar  
que allí solo van a dar  
motivos para la risa.

JIL. (*Accionando cómicamente.*)  
(Esta pintura en verdad  
cuántos elojios merece!)

ELENA. En cambio mi amor te ofrece  
eterna felicidad.

JIL. (*Sonriendo.*)

(Lo demas es desatino  
aunque ella no lo predice.)

ELENA. (*Con acento amoroso.*)

Hai una voz que me dice  
que es amarte mi destino.  
Cuando triste en mis desvelos  
alzo al cielo la mirada,  
(*Con mas calor.*)

yo te miro retratada  
en el azul de los cielos;  
cuando con paso indeciso  
la luna en oriente asoma,  
tus pupilas de paloma  
entre tus rayos diviso;  
cuando en dulce arrobamiento  
enamorado suspiro,  
me parece que respiro  
el perfume de tu aliento.

ELISA. (*Bajo.*) (Lo haces bien; cuánta pasion!)

JIL. (*Con alegria.*) (Para pintar es mui hombre.)

ELENA. Si yo invoco a Dios, tu nombre  
se mezcla con mi oracion,  
y en alas de mi deseo.

JIL. (*Consigo mismo.*)

(Esos míseros despojos...)

ELENA. A dónde vuelvo los ojos...  
en todas partes te veo.

En vano, en vano ha querido  
curar mi pasion el mundo;  
Elisa, este amor profundo  
con mi existencia ha nacido.

Hoi que me encuentro a tu lado...

ELISA. (*Viendo la indiferencia de Jil.*)  
(Pierdes tiempo, ves?)

ELENA. (Bajo.) (Valor.)

Me recompensa tu amor  
de todo lo que he pasado.

(Alzando mas la voz.)

Cuánto, cuánto habrás sufrido  
al verte en estraños brazos,  
ligada con fuertes lazos  
al... bueno de tu marido!

ELISA. Sí... (Como con miedo.)

ELENA. (Con ternura.)

Dime, Elisa, no es cierto  
que esto es horrible?

JIL. (Riéndose.)

(¡Qué risa!)

ELISA. He sufrido mucho.

ELENA. Elisa!

ELISA. Yo no sé cómo no he muerto.

JIL. (Oh! sin rival.) (Palmoteando.)

ELENA. Alma mia!

JIL. (Un gran triunfo he conseguido.)

(Con satisfaccion.)

ELISA. Ah! cuánto al cielo he pedido  
volver a verte algun dia.

(Marcando las palabras.)

Cuando a mis solas lloraba,  
sin esperanza siquiera,  
solo tu recuerdo era  
el que no me abandonaba.  
Yo tambien en mis querellas  
he visto tu imájen grata  
tras esos rayos de plata  
de las nítidas estrellas;  
mil veces al dar al viento  
mi suspiro enamorado,  
en sus alas te he mandado  
el alma y el pensamiento;  
y si la brisa veloz

me acariciaba al pasar,  
me parecía escuchar  
los acentos de tu voz;  
si la fuente murmuraba  
con tierna melancolía,  
si al nacer el rei del dia  
el ave alegre cantaba,  
si entreabría temblorosa  
su tierno cáliz la flor,  
si tímida a mi redor  
vagaba una mariposa...  
en la fuente y en el dia,  
en el ave y en la flor,  
con los ojos del amor  
a mi lado te veía.

ELENA. (*La abraza.*)

Ven y en mi pecho descansa  
tu frente serena y pura;  
todo placer nos augura;  
no fué sueño tu esperanza.

ELISA. Yo soi en este momento  
la mujer mas venturosa.

(*Se abrazan repetidas veces.*)

ELENA. Tú debiste ser mi esposa.

(*Jil reparando en ellas y oyendo con estra-  
ñeza lo que hablan.*)

JIL. (Esto me parece cuento.)

(*Deja el libro a un lado.*)

ELISA. Sí...

ELENA. No lo quiso el destino.

ELISA. Nuestros padres...

ELENA. Lo hizo Dios  
y nos apartó a los dos.

JIL. (Recuerdo tan peregrino...)

(*Receloso.*)

ELENA. Pero ya sabes, querida,  
que ese amor, que ese cariño,

que se ha sentido de niño,  
nunca en el mundo se olvida;  
ese cariño sin nombre  
es siempre imperecedero;  
Elisa, el amor primero  
se estingue despues que el hombre.

(*Le besa una mano.*)

JIL. (Basta.) (Levantándose.)

ELENA. Elisa... (*Besándole la frente.*)

JIL. (¡Oh!)

ELISA. Querido...

ELENA. Tus padres no meditaban  
que al enlazarte te ataban  
con un lazo maldecido.

ELISA. Sin escuchar mi afliccion  
me hicieron que diera el sí;  
la mano al esposo dí,  
pero a tí mi corazon.

(*Con abandono.*)

JIL. (¡Dios santo!)

ELENA. Ven a mis brazos...

(*Se abrazan y así permanecen largo rato.*)

Qué bella estás, alma mia!  
El cielo a tiempo me envía  
para romper esos lazos.

(*Se besan en las mejillas.*)

Se acabaron tus enojos

Elisa.

JIL. (Que Dios me inspire!)

ELENA. Deja, deja que me mire  
en las niñas de tus ojos.

(*Contempla un momento los ojos de Elisa y llena de entusiasmo la besa en la boca.*)

JIL. Caballero... (*Poniéndose en medio de ellas.*)

ELISA. (*Suplicante.*) Jil... detente.

(*Trasicion.*)

(*Elisa y Elena finjen estar llenas de terror.*)

ELENA. Aquí estaba usted?—Ah!... nada...

(Pausa.)

Tiene la leva empolvada.

(Limpiando con su pañuelo la leva de Jil.—Rápido.)

Ha visto usted al Intendente?

Estuvo usted en la tienda?

Está usted acalorado?

Siéntese (Le da una silla.) Estará cansado.

(Si de esta hecha no se enmienda...)

(Conteniendo la risa.)

JIL. Hasta cuándo, caballero?

(A Elisa.) Retírese usted, señora.

ELISA. (Qué indignado!) (A Elena.)

ELENA. (A Elisa.) (Llegó la hora.)

JIL. Yo lo mando, yo lo quiero

(Lleno de indignacion.)

ELISA. Pero Jil....

JIL. Por su decoro

retírese en el instante

y sin chistar... adelante.

ELISA. (Saliendo.)

Tú lo quieres...

(Elisa y Elena cambian una mirada de inteligencia.)

JIL. (A Elisa.) Nada ignoro.

(Esta sale haciendo un esfuerzo para no revelar lo que pasa por ella.)

## ESCENA XV.

ELENA.—JIL.

ELENA. (Veamos con lo que sale.)

(Cruzando los brazos.)

JIL. Oigame usted.

ELENA. Oigo, amigo.

(*Jil abre el cajon de la mesa y saca dos pistolas.*)  
(Pistolas! que Dios me ampare;  
esto no estaba en mi libro.)  
Pero amigo...

JIL. Mire usted,  
yo no puedo ser su amigo  
y si a repetirlo vuelve...

ELENA. (*Asustada al ver la actitud de Jil.*)  
No, no volveré a repetirlo;  
Pero esplíqueme a lo ménos  
qué ocurre, qué ha sucedido?

(*Jil va cerrando una a una todas las puertas.*)  
(Cierra las puertas!)

JIL. Ahora  
lo sabrá usted, señor mio.

ELENA. (Puede costarme la broma  
mui cara por lo que miro.)

JIL. A muerte. (*Amartillando una pistola.*)

ELENA. (*Asustada.*) Qué intenta usted?  
(*Suplicando.*) No juegue con el gatillo,  
puede el diablo...

JIL. Miserable!  
¿Tiene usted miedo?

ELENA. Lo digo,  
no por miedo... por prudencia.  
(Me corren escalofrios.)  
(*Jil deja las pistolas sobre la mesa.*)  
Muchas gracias.

JIL. (*Despues de una breve pausa.*)  
Caballero...

ELENA. (Estoi al pié de un abismo.)

JIL. (*Con profunda emocion.*)  
Yo solo tengo en el mundo,  
en que ignorado he vivido,  
una joya de gran precio  
cuyo trasparente brillo  
con esmero conservar

desde mi infancia he sabido.

Una herencia que mis padres...

ELENA. Comprendo. (Qué laberinto!)

JIL. Me dejaron al nacer;  
herencia que mucho estimo;  
con ella solo en el mundo  
siempre orgulloso he vivido;  
aquella joya es mi honor...

ELENA. (Cómo me escapo, Dios mio!)

JIL. Mi honor que está sobre todo.

¿Me comprende usted?

ELENA. Sí, amigo;

sí, señor, quiero decir.

JIL. Pues bien, un ente ridículo,

un hombre, nó, dije mal,

un miserable, un bandido,

porque así debe llamarse,

ayer a mi casa vino

y con impúdico aliento,

esa joya empañar quiso.

¿Qué hiciera usted en mi caso?

ELENA. ¿Quién? ¿yo?... lo de Jesucristo;

perdonar.

JIL. (Es un infame.)

Pues no pienso hacer lo mismo;

yo me vengaré a lo humano

como Cristo a lo divino.

Hai, caballero, en el mundo,

cierta clase de delitos

que perdonar no se pueden.

(Elena está pensativa.)

¿Oye usted?

ELENA. (Me dan vahidos.)

JIL. ¿Y no sabe usted quién es

(Con voz trémula.)

el que empañar ese brillo...

ELENA. (Qué fatiga, yo me muero!...)

JIL. De mi honor ha pretendido?

ELENA. (Yo voi a pedir socorro.)

JIL. Usted, usted, hombre inicuo.

(Tomándola fuertemente de un brazo.)

ELENA. Que me rompe usted el brazo.

(Con voz desfallecida.)

JIL. (Presentándole una pistola.)

Defiéndase usted, le digo,  
de otro modo sin clemencia  
le disparo a usted un tiro.

ELENA. (Aterrorizada.)

Un duelo!

JIL. Sí, caballero,

y a muerte.

ELENA. A muerte! (Dios mio!)

(Tomando la pistola maquinalmente y separándola de sí todo lo que puede.)

JIL. Acabemos de una vez.

ELENA. Pero, ¿cómo, sin testigos?

JIL. Y qué importa?

ELENA. No es legal.

JIL. En este mismo recinto,  
donde usted me deshonraba,  
debe tener el castigo.

ELENA. Pues, señor, yo no me bato...

JIL. Ah! cobarde...

ELENA. En este sitio.

Vamos, vamos a otra parte.

(Jil se prepara para tirar sobre Elena. Ésta está temblando de miedo.)

JIL. Acepte usted, le repito.

ELENA. (En estando yo en la calle  
de su cólera me rio.)

JIL. Quiero vengar mis insultos  
en este lugar, he dicho.

(Exasperado.)

(Elena arroja la pistola por la ventana.)

JIL. ¿Qué hace usted?

ELENA. Botar esa arma.

JIL. ¿No acepta usted el desafío?

(*Elena hace una señal negativa con la cabeza.*)

Pues bien, yo me vengaré...

(*Lanzándose hacia ella.*)

ELENA. No vaya a salir el tiro.

(*Elena corre, en el colmo de la desesperacion, de una puerta a otra, y viendo que no puede abrir ninguna de ellas se acerca a la ventana con la intencion de arrojarle al jardin. En medio de sus fatigas, gritos, súplicas, etc., se le cae el sombrero y queda de manifiesto su peinado de mujer. Jil la reconoce. En ese momento entran por el fondo Elisa y John. Este último con un perrito en los brazos. Elisa se sorprende de lo que pasa.*)

JOHN. Thank you, thank you.

JIL. Ah! qué es esto?

JOHN. Elena!

ELISA. Jil!

ELENA. Mi marido!

(*Silencio. Todos quedan estupefactos.*)

JIL. (Cómo! será todo broma?

con qué objeto? no imagino...

Burlarse de mí las dos,

como si fuese algun niño!

(*Queda pensativo.*)

## ESCENA XVI.

ELENA.—JIL.—ELISA.—SIR JOHN. (1)

JOHN. Mádám. (*A Elena.*)

ELENA. John... (*Se abrazan.*)

(1) En el papel de John, la pronunciacion de las palabras es caprichosa,

JOHN. (*A Elena.*) Qué significa?  
(*Reparando en el vestido de Elena y riendo.*)

JIL. Señora. (*A Elena.*)

JOHN. Qué, el chayo?

ELENA. Primo! (*a Jil*)

Dices bien, la chaya. (*A John.*)

JOHN. Bono.

Já, já, já, qué bunito!

ELENA. Teníamos el proyecto  
de sorprenderte aquí mismo.  
(*Viendo con intencion a Jil.*)

JOHN. Mi estimo tantos finezas.  
(*Siempre riendo.*)

ELENA. Te presentaré a mi primo.  
(*Tomando a John de la mano.*)

(*A Jil.*) Mi esposo. (*A John.*) Mi primo Jil.

JOHN. Mucha gusto.

JIL. Amigo mio.

JOHN. Mí su servidor. (*Dando la mano a Jil.*)

JIL. (*Idem a John.*) Mil gracias;  
cuente usted con mi cariño.

JOHN. Thank you.  
(*John y Jil quedan a un lado hablando en bajo.*)

ELISA. (*A Elena. Bajo.*) Tú la has hecho buena.

ELENA. Que sustazo el que he tenido;  
figúrate que queria...

ELISA. Asustarte?

ELENA. Darme un tiro!

ELISA. ¿Qué dices?

ELENA. Si tú no llegas  
tan a tiempo...

ELISA. Qué conflicto!

ELENA. Me asesina sin remedio.

JIL. (*Queriéndole quitar el perro.*)  
Deme usted...

JOHN. (*Retirándose de Jil.*) Dispensó amigo.

JIL. Estará cansado.

JOHN. Nata;  
éste es mi regaloncito  
y por nata de la tierra  
á él no abandono.

JIL. (*Conteniendo la risa.*) Es mui lindo.

JOHN. De pura sangre, paisano.  
(*Jil pasa al lado de Elena y Elisa al lado  
de John. Elena se rie al ver a Jil.*)

JIL. Picarona. (*A Elena.*)

ELENA. (*Riendo.*) Ya usted ha visto...

JIL. No me hable usted nada, Elena;  
ahora el disfraz adivino.  
(*Hablando bajo.*)

(*John se sienta y hace cariño a su perro.*)

ELISA. ¿Quiere usted alguna cosa? (*A John.*)  
Del viaje estará rendido.

JOHN. Muchos gracias.

ELISA. Té, fiambres?

JOHN. Solo quiero uno copito  
de coñac, o dos, o tres,  
para mí y el piquinino.

ELISA. (*Pasándole una botella que habrá en la me-  
sita junto a la ventana.*)

Aquí tiene la botella.

JOHN. All right. (*Hablando bñjo.*)

JIL. Elena he sufrido  
lo que usted no se imagina.

ELENA. ¿En qué quedó el desafio?

JIL. Estaba loco, la muerte  
me parecia un alivio.  
Cómo es que pude engañarme  
y dudar de Elisa?

ELENA. Amigo,  
las apariencias engañan,  
y todo apariencia ha sido.  
Ví que usted iba marchando

al borde de un precipicio  
sin escuchar de su esposa  
los amorosos suspiros,  
sin ver que las manecitas  
a usted le tendia el niño,  
de su amor única prenda...

JIL. (*Conmovido.*) Elena... no más... desisto.

Sí, yo he sido un visionario  
y por mi gusto he sufrido.  
Reconozco mis errores,  
abjuro de mis delirios.

ELENA. Cuando usted en casa tenia  
ese sublime atractivo  
de la dicha verdadera,  
¿a qué de un goce ficticio  
ir en pos eternamente?

(*Despues de un momento.*)

JIL. La gloria!

ELENA. Maldita gloria.

JIL. Los laureles!

ELENA. Falso brillo.

JIL. La sublime poesía!

ELENA. Humo, mentira, ridículo.

Halla mas gloria en el mundo  
ese pobre campesino  
que en su albergue miserable  
vive contento y tranquilo,  
disfrutando las caricias  
y las gracias de sus hijos,  
que aquellos héroes famosos  
que buscan gloria y prestigio  
vertiendo sangre a torrentes  
y causando el esterminio.

ELISA. (*Que habrá oido las palabras últimas de  
Jil.*)

(Al fin, al fin me escuchaste.)

JIL. Tiene usted razon.

(*Pasándose la mano por la frente.*)

ELISA. (Dios mio!)

ELENA. Todo hai allí bajo el techo  
del hogar siempre tranquilo,  
donde nunca ha penetrado  
el soplo impuro del vicio.

JIL. (*Volviendo en sí.*)

Oh! cuánto le debo Elena!  
Qué necio, qué necio he sido!

(*Tomando a Elisa de las manos. Con acen-  
to amoroso.*)

Corriendo loco, impulsado  
por mi insensato delirio,  
me dejé guiar a ciegas  
de las letras por el brillo,  
sin tener en cuenta nada;  
perdóname...

ELISA. Esposo mio,  
ven a mis brazos.

JIL. Nó, nó;  
perdon así yo te pido. (*Se arrodilla.*)

ELISA. Levanta.

JIL. Deja que espíe  
de rodillas mis delirios.

(*Con las lágrimas en los ojos.*)

ELENA. Ya ves? (*Tocando el hombro de Elisa.*)

ELISA. Y no te creia!

(*A Jil que aún permanece de rodillas.*)

A mis brazos.

ELENA. (*Suplicando a Jil.*)

Corra, primo.

JIL. Elisa! (*Se levanta y la abraza.*)

ELISA. Jil!

JOHN. Mí tambien.

(*Corre hácia Elena abriendo los brazos.*)

ELENA. (*Ya mi mision he cumplido.*)

Esposo... (*Abraza a John.*)

JOHN. Mocho coedado.  
(*Se aparta de Elena.*)

Esto merece un copito.  
(*Toma coñac.*)

JIL. Qué feliz soi!

ELISA. Qué dichosa!

JIL. Yo te bendigo, Dios mio,  
que me hiciste abrir los ojos  
en el fondo del abismo.  
(*A Elena.*)

Cuánto le debemos!

ELENA. Nada.

JIL. Elena...

ELENA. Mi buen amigo.

JIL. Usted, usted me ha salvado  
y le estoi reconocido.  
Ya no mas! basta de sueños  
y de falaces delirios.  
Oh! no quiero ya mas gloria,  
ni otra mayor imajino,  
que la gloria de ser padre,  
que la del deber cumplido.  
Otra palma no ambiciono  
que ese laurel positivo  
con que engalanan su frente,  
aunque de modesto brillo,  
los ajentes del trabajo  
solo de sus obras hijos;  
ni quiero mas poesía  
que mi hogar puro y tranquilo,  
los cuidados de mi esposa  
y las caricias de mi hijo.  
Mañana, Elisa, mañana,  
Elisa, mañana mismo,  
nos iremos de este puerto,  
que otro ambiente necesito.  
Yo trabajaré gustoso

en ese nuevo recinto  
sin anhelar mas fortuna...

ELISA. Me bastará tu cariño.

JIL. Allí trocaré por flores  
mis papeles.

ELISA. Sí, bien mio.

*(Se abrazan otra vez.)*

Elena, con qué pagar  
podré tanto beneficios?

ELENA. No digas...

JIL. Mi salvadora.

*(Se abrazan los tres.)*

ELENA. Vamos, vamos, les suplico  
que otra vez no lo repitan.

*(Conmovida.)*

JOHN. Esto pide otro copito.

*(Toma coñac.)*

*(Pausa.)*

## ESCENA XVII.

DICHOS.—MARTA *(que trae unos libros a la rústica  
y una carta).*

MARTA. Señor, señor, de la imprenta  
un mozo trajo estos libros.

*(Elena y Elisa cambian una mirada de  
inteligencia.)*

JIL. *(Mi comedia!...)*

MARTA. Aquí los pongo.

Y esta carta.

*(Deja los libros sobre la mesa, Jil no toma  
la carta.)*

ELENA. *(Suplicándole.)*

Lea, primo;  
impóngase usted.

JIL. Elena,  
recuerdo lo que he sufrido  
y esos libros me torturan  
el corazon.

MARTA. (*Al dar vuelta despues de dejar los libros  
repara en John.*)

(Ai! el gringo.)

ELENA. (*Toma la carta de manos de Marta y se  
la entrega a Jil.*)  
Tome usted.

JIL. (*Lee.*) "Febrero dos.  
"Estimado señor mio:  
"los primeros ejemplares  
"de su obrita le remito.

(*Lee mas bajo.*)

"Voi a velar esta noche  
"trabajando con ahinco.  
"El rejente."

(*Queda como sin saber qué hacer.*)

ELENA. Bien, veamos.  
(*Desatando el paquete y leyendo uno de los  
libros.*)

JIL. (Cuántas horas he perdido  
en trabajo tan inútil!)

(*Con melancolía.*)

ELENA. Bello nombre. (*Lee.*)  
"El Antecristo."

JIL. (*Con resolucion.*)  
Deje usted que rompa, Elena.  
(*Haciendo el ademan.*)

ELENA. Nó señor, qué desatino;  
puede servir.

JIL. ¿Para qué?  
(*Insistiendo.*)

ELENA. ¿No tiene usted un chiquillo?...  
(*Con ternura.*)

JIL. Bien; mi comedia será  
el silabario de mi hijo.  
(*Con orgullo.*)

ESCENA XVIII.

DICHOS.—DON CASIMIRO.

CASIMIRO. Buenas noches.

JIL. Caballero.

CASIMIRO. Señoras.

ELISA. (Don Casimiro.)

CASIMIRO. La escritura.

(*Presentándole un papel a Jil.*)

JIL. Sí...

(*Toma el papel, lo rompe y tira a los piés  
de don Casimiro.*)

CASIMIRO. (Qué miro!)

JIL. Aquí tiene su dinero.

(*Saca su cartera y le da unos billetes.*)

Mañana de aquí nos vamos.

CASIMIRO. Lo siento... (*Desconcertado.*)

JIL. Ya sabe usted;

con que... adios.

CASIMIRO. Pero por qué?

(*Me despide.*)

JIL. En paz estamos.

CASIMIRO. Pero qué ocurre, qué pasa?

JIL. (*Con aspereza.*)

No sea usted majadero:  
ocurre que yo no quiero  
ver vampiros en mi casa.

CASIMIRO. Gracias.

MARTA. (Qué rabia!)

CASIMIRO. Y así  
se despide a un hombre honrado?

JIL. (*Señalándole la puerta del fondo.*)

Vaya usted con Dios.

ELISA. (Malvado.)

CASIMIRO. Me marchó.

MARTA. Fuera de aquí.

*(Cierra la puerta con violencia tan pronto como sale don Casimiro. John en señal de aprobacion toma una copa de coñac.)*

### ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, MENOS DON CASIMIRO.

ELISA. Has hecho bien.

JIL. A otra cosa.

Las maletas.

ELISA. Prima mia,  
no te apartes.

ELENA. Qué alegría  
tengo de verte dichosa,

ELISA. Ya se acabó mi tormento  
y mi dicha debo a tí;

ELENA. No digas, Elisa, así;  
*(En tono de burla.)*

al marqués del Juramento.

*(Breve pausa.)*

Mas quién sabe si dirán  
que mi proceder no es cuerdo.

MARTA. *(Interrumpiendo a Elena y poniéndose en medio de todos.)*

No tal... a marido lerdo  
con la espuela... del refran.

(CAE EL TELON.)

FIN DE LA COMEDIA.

## ERRATAS.

---

- Páj. 22, lín. 1, *Dice:* y tan recio es el ataque,  
*Léase:* y es el ataque tan recio,  
» 26, » 16, *Dice:* Si la dejé en mi bufete!  
*Léase:* Si la dejé.....
- » 35, » 13, *Dice:* ELENA (*Que le cueste.*)  
Ai! Marta,  
¿quién te metió  
*Léase:* Ai! Marta, *quién te metió*
- » 95, » 5, *Dice:* (Jesus, qué afan!)  
*Léase:* (Qué fastidiar!)

La advertencia última de la escena IV del primer acto, se refiere a Marta. Contamos con la indulgencia del lector para las pequeñas faltas de caja que no hemos querido enumerar.

# ERRATAS

Pág. 22, lin. 1. Dijo: y tan pronto es el estado, Llega: y es el estado tan pronto. Dijo: Si la dejó en mi poder. Llega: Si la dejó...	22, a 16. 23, a 17. 24, a 2. 25, a 1.	Dijo: (Que le curate.) Allí mira, ¿quién le mató? Llega: Allí mira, ¿quién le mató? (Llega, que al fin) (Que justifica)
--	--	--

La advertencia al final de la escena IV del primer acto, se refiere a María. Contando con la indulgencia del lector para las pequeñas faltas de copia que no hemos querido emmendar.